LOS
ECOS
DE LAS
SOMBRAS
Wilbert Wusynth

El eco de las sombras

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

Madrid, 2026

©WilbertWusynth

En las profundidades de la cordillera andina, donde el viento silbaba como un lamento ancestral, se erguía el pueblo de Vilcamba. Sus casas de adobe se apiñaban alrededor de una plaza empedrada, y en el centro, una antigua iglesia colonial observaba todo con ojos de piedra. Era un lugar olvidado por el tiempo, donde las leyendas se entretejían con la vida cotidiana como hiedra en las ruinas incas cercanas.

Novela co-escrita con IA. Debate ético tras un libro creado con IA: ¿quién es el verdadero autor?

Wilbert Wusynth, coautor de novelas escritas con inteligencia artificial, asume sin disimulo su método de trabajo y lo defiende como una elección consciente de orquestación creativa.

Su método**:** se concibe como un director de cine, no como un guionista. La IA genera la prosa; él aporta juicio, estructura y voz, interviniendo solo cuando el resultado no lo convence. Escribe con sus propias manos alrededor del 10% del texto, sobre todo los diálogos.

Sus tesis principales:

- La categoría "100% escrito por IA" es hueca: ningún modelo genera hoy una novela autónoma de principio a fin sin dirección y edición humana. La IA es amplificador, no autora.
- Rechaza la presión de etiquetar obras por porcentaje de generación artificial. Lo considera imposible de medir y "un poco tonto"; recuerda que los escritores fantasma y los editores extensos tampoco se declaran.
- El debate sobre el oficio le interesa poco: lo que importa es la historia y su capacidad de conmover, no la genealogía de las palabras.
- Acepta que la resistencia de los autores consagrados es comprensible, pero la convivencia entre escritura tradicional y asistida por IA es inevitable. "El genio ya está fuera de la botella".

- Critica el mal uso negligente de la IA —libros mal escritos por quien no sabe gestionar la herramienta—, no la herramienta en sí.
- Cierra con un matiz: aunque rechaza las declaraciones obligatorias, defiende la divulgación voluntaria, porque la transparencia contribuirá a normalizar el uso. La normalización, dice, vendrá del contacto y la conversación, no de las reglas.

Posición de fondo: ni apocalíptico ni entusiasta ciego. Partidario de la herramienta, crítico con su mal uso, escéptico ante los purismos y convencido de que la buena literatura se reconoce en la página, no en la huella dactilar de quien la tecleó.

El eco de las sombras

Capítulo I

El pueblo donde el viento recordaba

En las entrañas de la cordillera andina, encaramado entre laderas de roca parda y pajonales que se inclinaban al mandato del frío, reposaba el pueblo de **Vilcamba**, como si hubiese sido depositado allí por una mano antigua y luego olvidado por los hombres. Desde lejos parecía un puñado de casas de adobe aferradas a la montaña, con techos bajos de teja oscura, chimeneas silenciosas y callejones estrechos que descendían hacia una plaza empedrada. En el centro de aquella plaza se elevaba la iglesia colonial, severa y gris, con un campanario agrietado y una cruz ennegrecida por las tormentas de altura. A cualquier forastero le habría parecido un pueblo quieto; pero los que vivían allí sabían que en Vilcamba nada estaba verdaderamente en silencio. El viento hablaba.

No hablaba con palabras claras, desde luego, sino con un murmullo prolongado que se colaba por rendijas, doblaba esquinas, estremecía postigos y hacía crujir la madera de las puertas al caer la tarde. Las ancianas afirmaban que eran las almas de los antiguos dueños de la tierra, los que habían caminado aquellos senderos antes de la llegada de los hombres de hierro y caballo. Los niños fingían no creerlo, aunque corrían más rápido al pasar junto a las ruinas incas cubiertas de musgo, a un costado del bosque, donde las piedras encajaban con una perfección tan asombrosa que parecía obra de gigantes o dioses. Los hombres, sentados a la salida

de la cantina, escupían al suelo y decían que el viento solo era viento. Pero bajaban la voz cuando anochecía.
En el extremo norte del pueblo, donde comenzaba la espesura de quenuas y molles retorcidos, se levantaba la herrería de **Don Esteban**. Era una construcción sencilla, con paredes de barro endurecido, un techo inclinado y una sola ventana siempre tiznada de hollín. A un lado estaba la choza donde dormía; al otro, un corral vacío donde una vez había tenido dos mulas. El sonido de su martillo, seco y rítmico, había marcado durante años el pulso de Vilcamba. Había fabricado arados, herraduras, rejas, clavos, azadones y cuchillos para casi todas las familias del lugar. Pero los tiempos habían cambiado.
Ahora, desde hacía algunos años, los campesinos compraban herramientas traídas por camión desde ciudades lejanas. Eran baratas, brillantes, impersonales. La vieja fragua de Esteban apenas recibía encargos, y él continuaba trabajando más por costumbre que por necesidad, golpeando el hierro como si cada chispazo fuese una conversación interrumpida con el pasado. Tenía el cuerpo ancho, las manos surcadas de callos y quemaduras, la espalda vencida por el esfuerzo, y unos ojos oscuros de profundidad inusual, como si miraran siempre algo que los demás no alcanzaban a ver.
Había enviudado nueve años antes, cuando un deslave provocado por lluvias feroces se llevó media ladera oriental del pueblo. Entre los muertos estuvo **Rosa**, su esposa, que quedó sepultada bajo barro y piedra antes de que él pudiera llegar hasta ella. Desde entonces, Esteban hablaba poco. Saludaba con un gesto, aceptaba el pan o la chicha que alguna vecina compasiva le acercaba de vez en cuando, y seguía viviendo con una parsimonia casi ritual. Nunca volvió a

reír como antes. El dolor lo había ido vaciando por dentro, pero no del todo: aún permanecía en él una brasa obstinada.
Aquella brasa se encendía especialmente en las noches de luna llena.
Era entonces cuando el viento cambiaba.
Comenzaba como un silbido fino entre los árboles del bosque, un roce apenas perceptible contra los muros de adobe. Luego adquiría cuerpo, una modulación extraña que no se parecía al rumor ordinario del aire.
Don Esteban, sentado junto al fogón o de pie en el umbral de su herrería, sentía cómo se le erizaban los brazos. Había querido convencerse muchas veces de que todo era producto de su tristeza, de sus años de soledad o del cansancio acumulado; pero con el tiempo dejó de negarlo. Escuchaba voces.
No eran voces humanas en sentido estricto. Le llegaban fragmentadas, como ecos lanzados desde cuevas remotas o desde el fondo de la tierra. Algunas parecían masculinas, otras de ancianas, otras de niños. No hablaban castellano del todo, ni quechua del todo, sino una mezcla hecha de siglos. Y aun así, Esteban comprendía lo esencial: pedían, reclamaban, recordaban. Hablaban de despojo, de promesas rotas, de entrañas abiertas en la montaña. En más de una ocasión despertó sobresaltado al escuchar con absoluta claridad una frase repetida como letanía: **“La tierra no olvida”**.
No se lo contó a nadie. En Vilcamba la frontera entre la fe, la superstición y la cordura era demasiado frágil para confiar un secreto así al oído equivocado. El párroco habría dicho que eran tentaciones del demonio o desvaríos de la pena. Los hombres de la municipalidad se habrían burlado. Y sin embargo, algunas mañanas, cuando caminaba hasta la plaza

para comprar sal o keroseno, notaba en los rostros de ciertas viejas indígenas una mirada fugaz de reconocimiento, como si ellas supieran algo y eligieran callarlo.

Aquella tarde en que todo empezó, el cielo amaneció cargado de nubes densas, azuladas en los bordes y casi negras en el centro. El aire olía a tierra mojada antes de que hubiese caído una sola gota, señal segura de que la tormenta venía desde las cumbres. Los perros ladraban sin motivo, y las gallinas se habían recogido temprano. Esteban avivó la fragua desde mediodía, quizá para espantar el desasosiego que se le había instalado en el pecho desde la víspera. El fuelle gemía como un animal viejo; el carbón respondía con llamaradas rojas y amarillas. Afuera, el viento golpeaba la puerta en ráfagas cortas.

Mientras martillaba una barra oxidada para rehacer una hoja de azadón que nadie recogería hasta la semana siguiente, escuchó el primer trueno. No fue un estallido súbito sino un gruñido largo que hizo vibrar los vasos de latón sobre una repisa. Luego vino la lluvia: gruesa, fría, inclinada, tamborileando sobre el tejado con tal fuerza que por momentos pareció que la herrería se hallaba bajo un río. La luz del día se apagó antes de tiempo. Dentro del taller todo era rojo, negro y humo.

Esteban dejó el martillo un instante para secarse la frente con el dorso del brazo. Entonces lo sintió.

No fue un sonido. Fue una presencia.

Alguien estaba al otro lado de la puerta.

Se volvió lentamente. Por una rendija vio apenas el contorno oscuro de una figura inmóvil bajo la cortina de agua. No era ningún vecino; en noches así nadie subía hasta su taller salvo por extrema necesidad. El herrero tomó el atizador por instinto, más como gesto de cautela que como arma. El picaporte se movió.

La puerta se abrió con un quejido.

Una mujer entró envuelta en un poncho tejido con franjas de colores profundos, húmedo por la lluvia pero extrañamente intacto en su dignidad. Su piel morena parecía tallada por la altura, y sus ojos, negros como obsidiana pulida, sostuvieron la mirada de Esteban sin vacilar. Llevaba el cabello recogido en dos trenzas gruesas que le caían sobre el pecho, adornadas con pequeños hilos rojos. No parecía joven ni vieja; tenía esa edad incierta que poseen algunas personas de las montañas, hechas más de resistencia que de años.
Sin saludar, avanzó hasta la mesa central del taller. De entre los pliegues del poncho extrajo un pequeño bulto envuelto en tela. Lo desdobló con manos firmes y dejó sobre la madera un lingote de plata pura.
La fragua crepitó con más fuerza, como si hubiera reconocido aquel metal.
—Necesito que forjes una daga —dijo la mujer.
Su voz era baja, serena, y sin embargo llevaba dentro una tensión antigua, como la cuerda de un arco.
Esteban miró el lingote. No era una pieza común. La plata despedía un brillo pálido, casi lunar, impropio de la penumbra del taller. Parecía contener una luz propia, lejana y fría.
—No hago adornos —respondió él al cabo de unos segundos—. Si busca cuchillos finos, tendrá que bajar a la ciudad.
La mujer negó suavemente con la cabeza.
—No es para lucirla. No es para matar.
Sus dedos rozaron el metal con una delicadeza reverente.
—Es para recordar.
Un relámpago iluminó el taller. Durante un instante, la cara de la desconocida quedó tallada en blanco contra la oscuridad, como una figura ceremonial.
—¿Quién es usted? —preguntó Esteban.

—Me llamo **Ixchel** —respondió ella—. Vengo de más arriba, donde las nubes duermen entre las piedras y todavía se habla la lengua antigua sin vergüenza.
Se inclinó levemente, y cuando volvió a alzar los ojos, había en ellos una tristeza tan honda que Esteban sintió un tirón en el pecho.
—Mi hermano murió en la mina —añadió—. No por accidente. Lo tragó la montaña después de que los hombres la abrieran sin permiso.
El herrero frunció el ceño. Conocía bien la mina de plata reabierta unos años atrás por empresarios llegados de la capital. Habían prometido trabajo, progreso, caminos. Dejaron grietas, lodo contaminado y rumores de desapariciones. Más de una familia de las alturas había bajado a reclamar cuerpos que nunca aparecieron.
—¿Y qué haría una daga contra eso? —dijo él.
Ixchel sonrió apenas, con una pena que parecía venir de generaciones.
—Cortará el velo entre los vivos y los muertos.
La lluvia arreció. Afuera, el mundo entero parecía deshacerse en agua y sombra. Dentro de la herrería, Esteban sintió que el aire se había vuelto más denso, como cargado de una expectativa invisible. Miró otra vez la plata. Por un instante creyó escuchar, mezclada con el rugido de la tormenta, aquella frase que tanto lo perseguía en noches de luna:
La tierra no olvida.
Entonces comprendió, aunque no supo explicar cómo, que aceptar aquel trabajo cambiaría algo más que el destino de una pieza de metal.
Tomó el lingote con ambas manos.
Estaba helado. Helado como si hubiese permanecido enterrado siglos bajo nieve y piedra.

—Quédese esta noche en el pueblo —dijo, sin apartar la vista del brillo plateado—. La daga estará lista al amanecer.
Ixchel inclinó la cabeza, como si hubiese sabido desde el principio cuál sería su respuesta.
Y mientras afuera la tormenta cerraba los caminos y el cielo se partía sobre la cordillera, Don Esteban encendió la fragua hasta hacerla rugir como un corazón recién despierto, sin sospechar todavía que no estaba a punto de forjar una simple arma, sino una llave para abrir la memoria misma de la montaña.

Capítulo II

La plata que guardaba estrellas

Cuando la puerta volvió a cerrarse tras Ixchel, el taller quedó envuelto en un silencio extraño, un silencio hecho no de ausencia sino de espera. La tormenta continuaba desatándose afuera con violencia, pero sus sonidos parecían llegar desde un sitio lejano, filtrados por una membrana invisible. Dentro de la herrería, la única realidad inmediata era la fragua encendida, la respiración medida de Don Esteban y el lingote de plata reposando sobre la mesa como un fragmento arrancado de la luna.
El herrero lo observó durante largo rato antes de tocarlo de nuevo. Había trabajado el hierro casi toda su vida y conocía los metales como otros hombres conocen los rostros de su familia. El cobre tenía una docilidad cálida; el estaño, una blandura cobarde; el acero exigía disciplina y respeto. La plata, en cambio, era distinta. No se dejaba dominar solo con fuerza. Pedía pulso, paciencia y una forma particular de escucha. Pero aquella plata no se parecía a ninguna otra que hubiera pasado por sus manos.

Había visto plata de mina, plata de joyeros, monedas antiguas, cálices heredados por la iglesia y hasta pequeños amuletos indígenas fundidos en secreto para evitar el impuesto de la autoridad. Ninguna vibraba así. Porque eso fue lo primero que advirtió cuando la sostuvo entre las palmas: una vibración apenas perceptible, como si el metal guardara un zumbido silencioso, un eco mineral. No quemaba, no cortaba, no pesaba más de lo esperable. Y, sin embargo, parecía vivo.

Esteban levantó la pieza hacia la luz del fuego. El lingote reflejó destellos azulados, impropios del resplandor rojizo de la fragua. Juraría que, en su superficie lisa, brillaron por un segundo diminutos puntos blancos, semejantes a estrellas atrapadas bajo una capa de hielo.

Se persignó por costumbre, aunque hacía tiempo que la fe le resultaba un hábito más que un consuelo. Luego se puso a trabajar.

Primero limpió el yunque con una prolijidad casi ceremonial. Retiró virutas viejas, ceniza, restos de carbón. Después escogió sus herramientas con cuidado: el martillo de cabeza estrecha para el modelado fino, las tenazas largas, una lima pequeña de mango astillado que había pertenecido a su padre, y un buril que rara vez usaba. Colocó agua en un recipiente hondo, revisó el fuelle y añadió carbón nuevo al horno. Cada gesto tenía la gravedad de un rito.

La lluvia golpeaba el techo sin tregua.

—Veamos qué quieres ser —murmuró, sin saber si hablaba al metal o a sí mismo.

Introdujo la plata en el corazón del fuego.

Al principio no ocurrió nada extraordinario. El metal fue perdiendo su blancura helada y adquiriendo una tonalidad más dócil, más maleable, mientras el calor lo vencía. Esteban avivó la fragua con el pie, accionando

el fuelle, y una lengua de fuego se alzó envolviendo el lingote. Pero entonces el aire del taller cambió otra vez. Un olor que no era carbón ni lluvia ni metal caliente comenzó a expandirse lentamente. Era un aroma seco, penetrante, hecho de tierra húmeda, flores marchitas y piedra recién abierta. Le recordó las cuevas altas donde, de niño, acompañó a su padre a buscar mineral abandonado.

Sacó la plata con las tenazas y la llevó al yunque.

El primer martillazo resonó con una claridad tan intensa que Esteban sintió el golpe no solo en las manos, sino en el pecho. El sonido no fue metálico del todo. Tuvo algo de campana lejana, algo de canto. El segundo golpe trajo consigo una ráfaga que apagó por un instante la lámpara de aceite colgada en la pared, pese a que puertas y ventana estaban cerradas. El tercero hizo vibrar los clavos del muro.

Esteban se detuvo.

Escuchó.

Debajo del repiqueteo de la lluvia, debajo del crepitar del horno, algo se movía. No sabía si provenía del suelo, del bosque o de su propia memoria, pero allí estaba: un murmullo coral, remoto, como cientos de gargantas susurrando desde detrás de una pared de siglos.

Volvió a golpear.

La plata cedió con una suavidad imposible. Bajo el martillo no se comportaba como un metal común, sino como una sustancia obediente a una forma previa, como si la daga ya existiera en su interior y él no hiciera otra cosa que liberarla. Afinó el lingote, lo estiró, lo curvó apenas. Cada vez que levantaba el martillo, una imagen fugaz le atravesaba la mente.

Primero vio una hilera de hombres avanzando por una montaña al amanecer. Llevaban plumas oscuras en la cabeza y lanzas cortas. No marchaban a la guerra, sino

a una ceremonia. Iban en silencio, con el rostro pintado, siguiendo a un anciano cubierto con un manto blanco. Luego la visión desapareció.
Golpeó otra vez.
Vio una quebrada abierta en canal, donde decenas de indígenas cargaban piedras bajo el látigo de capataces mestizos. La imagen olía a sangre y barro. Un niño cayó de rodillas con un costal a la espalda y nadie se detuvo. El sol aplastaba el paisaje con una crueldad inmóvil.
Golpeó de nuevo.
Vio la entrada de una mina reciente, reforzada con vigas frescas. Varios hombres bajaban con cascos, linternas y picos. Entre ellos distinguió a uno de rostro ancho, joven, con la misma negrura de ojos que Ixchel. El hombre se volvió, como si presintiera que alguien lo observaba, y su expresión no era de miedo, sino de resignación.
Esteban soltó el martillo.
El taller giró a su alrededor por un instante. Apoyó ambas manos en el yunque y respiró hondo. El corazón le retumbaba en los oídos. Sabía lo que era recordar. Sabía lo que era soñar despierto bajo el peso de la soledad. Pero aquello era otra cosa. Las imágenes no nacían de él. Lo atravesaban.
—No estoy loco —murmuró, casi con rabia.
Desde un rincón oscuro, donde colgaban cadenas viejas y piezas inútiles, creyó escuchar una respuesta:
—Todavía no.
Se volvió de golpe. No había nadie.
La lámpara vaciló. El fuego pareció inclinarse hacia el suelo, como empujado por un soplo subterráneo.
Esteban endureció la mandíbula. Si lo que ocurría venía de los muertos, de la montaña o de la culpa de los vivos, averiguarlo no dependía del miedo. Dependía del

trabajo. Y él siempre había sabido trabajar incluso en medio del duelo.
Reanudó la forja.
Las horas se disolvieron.
Afuera, la tormenta se fue alejando hacia otros pliegues de la cordillera, pero en el taller la noche se volvió más honda. La lluvia disminuyó a un goteo constante. A intervalos, el viento lanzaba silbidos finos entre las rendijas, como si quisiera acompañar el ritmo del martillo. La daga fue tomando forma con una naturalidad casi sobrenatural: una hoja larga y ligeramente curva, elegante sin ostentación, aguda como un recuerdo que no se resigna a morir.
Cuando llegó el momento de trabajar el mango, Esteban dudó.
Pensó en tallar una empuñadura simple, funcional, como las de caza o labranza. Pero apenas apoyó la lima sobre la base de la hoja, sus manos comenzaron a moverse con una decisión que no sentía completamente suya. No era pérdida de voluntad; era algo más inquietante y más sutil, como si una memoria ajena hubiera encontrado en sus músculos un camino.
Recortó, lijó, afinó. Poco a poco apareció la figura de un **cóndor**: alas plegadas, pico severo, cuello erguido. No era tosco ni decorativo. Parecía un guardián.
Esteban contempló el resultado con el ceño fruncido. Nunca había tallado nada igual.
Entonces recordó una historia que le contaba Rosa en los primeros años del matrimonio, cuando aún podían sentarse juntos al atardecer y mirar la bruma bajar desde los picos. Ella decía que el cóndor no solo llevaba mensajes entre la tierra y el cielo, sino que también sabía encontrar a los muertos perdidos, aquellos cuyas almas no hallaban camino de regreso.
Él se había reído entonces, llamándola soñadora. Rosa

le había contestado: “Hay cosas que no necesitan que creas para ser ciertas”.
El recuerdo le atravesó como una cuchillada dulce.
Se secó el sudor con el hombro y siguió.
Faltaba grabar el nombre.
No sabía cuál era. Ixchel no se lo había dicho.
Y sin embargo, cuando tomó el buril, una palabra subió sola desde algún sitio enterrado en su mente o en el metal mismo. No la pensó: la supo.
Tupaq.
Las letras aparecieron sobre la hoja con una firmeza impecable. Apenas terminó la última curva, la daga lanzó un destello claro que iluminó las paredes ennegrecidas del taller. No fue un reflejo normal. Fue una pulsación.
El agua del recipiente comenzó a vibrar.
El herrero retrocedió un paso.
En la superficie líquida se dibujaron ondas concéntricas, aunque nada la hubiese tocado. Luego, como si el fondo del barreño se hubiera vuelto espejo, apareció un rostro. Era el del joven que había visto bajar a la mina en su visión: piel cobriza, cejas rectas, ojos hondos, el cabello húmedo pegado a la frente. El muchacho no parecía muerto; parecía suspendido en un instante entre dos mundos.
Sus labios se movieron.
Esteban no oyó la voz con los oídos. La oyó dentro.
No fue la montaña sola.
La imagen se deshizo.
El agua quedó inmóvil.
Durante varios minutos, el herrero no pudo hacer otra cosa que mirar el barreño vacío. Sintió frío en las rodillas, en la nuca, en la base de la columna. El mensaje, breve como un golpe, había abierto otra inquietud. Si no fue la montaña sola, entonces hubo

manos humanas. Negligencia, codicia, encubrimiento. No le sorprendía. Lo que lo estremecía era que los muertos insistieran.
Tomó la daga entre ambas manos.
La hoja estaba terminada. Fina. Mortal, sí, aunque esa no fuera su finalidad. La plata despedía un resplandor ahora más tenue, sereno. El cóndor del mango parecía observarlo con un reproche mudo.
Esteban salió un momento al umbral.
La lluvia había cesado. Las nubes se apartaban lentamente, descubriendo una luna casi redonda entre jirones de niebla. El pueblo dormía. Solo en la plaza, muy a lo lejos, se veía la lámpara amarillenta de la casa parroquial. El aire estaba limpio y cortante. Desde las ruinas incas llegó una ráfaga distinta, perfumada de ichu húmedo y tierra recién lavada.
Y con ella, otra vez, las voces.
Esta vez no eran lamentos confusos. Eran muchas, sí, pero armonizadas por una intención común. Esteban no entendió todas las palabras, aunque percibió sin duda una petición. No imploraban venganza ciega. Pedían apertura. Paso. Memoria.
Regresó adentro y colocó la daga sobre la mesa, envuelta en un paño oscuro.
No quiso dormir. Permaneció sentado junto al horno apagándose lentamente, con los codos sobre las rodillas, viendo cómo las brasas se convertían en ojos rojos y luego en ceniza. Pensó en Rosa, sepultada sin despedida. Pensó en la mina, en los hombres pobres que aceptaban cualquier peligro por unas monedas. Pensó en Ixchel, aparecida entre la lluvia con la certeza de quien cumple un mandato antiguo.
Y poco antes del alba, vencido por el cansancio, apoyó la cabeza contra la pared.
No llegó a dormirse del todo. En esa frontera borrosa escuchó unos pasos suaves en el exterior, como si

alguien caminara descalzo sobre la tierra mojada. Después, un canto muy tenue en quechua subió desde el bosque. No parecía una canción humana, sino la forma en que la montaña habría cantado si tuviera boca.
Cuando abrió los ojos, el primer resplandor del amanecer ya se insinuaba por la ventana tiznada.
La daga estaba lista.
Y con ella, también, algo más antiguo y más peligroso: una verdad que empezaba a despertar.

Capítulo III

La mujer que venía de las alturas

El amanecer en Vilcamba no llegaba de golpe. Descendía. Primero tocaba las cumbres más altas con una claridad de hueso, luego corría por los filos de las montañas, se derramaba en las quebradas y al final alcanzaba las casas de adobe, que parecían exhalar el frío acumulado durante la noche. Aquella mañana, después de la tormenta, el aire amaneció tan limpio que cada piedra del camino parecía recién nacida. El barro brillaba con reflejos rojizos. Los gallos cantaban desde patios distantes. Un hilo de humo ascendía de algunas cocinas donde las mujeres ya hervían mote o calentaban café negro.
Don Esteban abrió la puerta de la herrería y dejó que entrara la luz. Había pasado la noche entera entre sobresaltos, visiones y una vigilia densa que le dejó el cuerpo entumecido y los ojos ásperos. Sin embargo, no sentía el agotamiento habitual de quien no ha dormido. Se sentía alerta, tensado por una corriente secreta. Como si todo lo ocurrido bajo el techo de su taller hubiese cambiado ligeramente el peso del mundo.

Sobre la mesa, envuelta en el paño oscuro, aguardaba la daga.

Él no la tocó enseguida. Salió al pequeño corral, se lavó la cara con agua helada de una tinaja y contempló un momento el bosque cercano. Las quenuas goteaban todavía. Más allá, en una loma salpicada de rocas, se adivinaban las ruinas antiguas: muros ciclópeos devorados por líquenes, peldaños que no conducían a ninguna parte visible, piedras colocadas con una precisión que seguía desafiando el tiempo. Desde niño había evitado acercarse demasiado. Rosa, en cambio, amaba ese sitio. Decía que allí el silencio estaba vivo.

El recuerdo de su esposa llegó con una nitidez dolorosa. La vio como la primera vez: con una manta azul sobre los hombros, las manos manchadas de harina, riéndose porque él, muchacho entonces, fingía saber de todo y no sabía de casi nada. Rosa había tenido la costumbre extraña de hablarle a las plantas, a los perros y a la lluvia. También a las piedras. No como una loca, sino como alguien que reconocía una compañía donde otros solo veían materia muda. La gente la quería por eso y se burlaba un poco también. Pero acudían a ella cuando había fiebre en un niño, miedo en una parturienta o sueños extraños tras una mala cosecha.

Fue Rosa quien le enseñó a escuchar el viento antes de que se volviera amenaza. Fue ella quien, una noche de luna grande, le dijo en voz baja:

—En este pueblo hay dolores que no son solo nuestros.

Él entonces la abrazó sin responder, pensando que toda mujer viuda de hijos, nacida en montaña, inventa formas de darle sentido al sufrimiento. No supo verla del todo hasta perderla.

Volvió al taller cuando escuchó pasos sobre el barro.

Ixchel venía ascendiendo el sendero.
Parecía más alta bajo la luz clara de la mañana. El poncho de colores secos y profundos caía sobre una falda oscura que apenas rozaba sus tobillos. El cabello, ahora sin gotas de lluvia, revelaba hebras plateadas entre el negro. Traía en la frente una cinta tejida con pequeños símbolos geométricos. Caminaba sin prisa, con la seguridad de quien conoce no solo el camino, sino el ánimo del lugar que pisa.
Esteban la esperó en el umbral.
—La terminé —dijo, sin ceremonia.
Ixchel asintió.
No preguntó si había sido difícil. No miró alrededor con curiosidad. Parecía saber ya lo que había ocurrido entre aquellas paredes. Cuando entró, sus ojos recorrieron el yunque, las herramientas ordenadas, la ceniza aún tibia y, por último, el paño oscuro sobre la mesa.
—Has oído a los que llaman —dijo.
No fue una pregunta.
Esteban sostuvo su mirada un instante antes de responder.
—He oído cosas desde hace años.
—Pero anoche te respondieron.
El herrero tragó saliva. Le molestaba la sensación de desnudez que producía aquella mujer, como si viera detrás de las frases y las cautelas. Desenrolló el paño y dejó al descubierto la daga.
La plata pareció despertar al contacto con la luz del amanecer. Un resplandor pálido corrió por la hoja.
Ixchel no mostró sorpresa, solo una tristeza reverente. Extendió la mano, pero antes de tomarla hizo un leve gesto con los dedos, como si pidiera permiso a algo invisible.
Cuando la empuñó, el taller entero emitió un crujido.

No fue el techo ni la madera. Fue más bien una vibración del aire, semejante a la que precede a los temblores. Esteban sintió que el piso se estremecía bajo sus botas. En el exterior, un grupo de pájaros levantó vuelo de golpe desde los árboles del bosque.
Ixchel levantó la daga a la altura de sus ojos.
—Tupaq —murmuró al leer el nombre grabado.
Su voz se quebró apenas, pero no lloró. En cambio, apoyó la frente contra el dorso de la hoja durante un instante y cerró los párpados. Don Esteban tuvo la impresión de hallarse frente a una ceremonia antigua, una de esas que sobrevivían sin permiso en los rincones del mundo.
—No me dijiste su nombre —dijo él, incapaz de contener la inquietud.
—No hacía falta.
Ixchel abrió los ojos.
—La plata lo recordaba. Y la montaña habló a través de tus manos.
El herrero no replicó. En otras circunstancias se habría ofendido ante una afirmación semejante. Aquella mañana, después de la noche vivida, solo podía reconocer que ella estaba diciendo en voz alta lo que él se resistía a nombrar.
—Vi cosas —admitió al fin—. Hombres antiguos. Mineros. A tu hermano.
Ixchel bajó la daga lentamente.
—Lo sé.
—También oí esto —continuó Esteban—: que no fue la montaña sola.
La mujer guardó silencio un momento. Luego dejó la daga sobre la mesa y se acercó a la ventana. Desde allí podía verse la línea irregular de los cerros y, más lejos, el tajo pálido donde la empresa había abierto la mina.
—No —dijo—. No fue la montaña sola.

Su tono no era iracundo. Era el tono de alguien que lleva tanto tiempo sosteniendo una verdad que el dolor ya se ha sedimentado hasta volverse piedra.
—Mi hermano bajó con otros nueve hombres hace siete meses. Hubo un derrumbe. Eso dijeron. Los capataces juraron que la veta cedió por la lluvia. Pero la lluvia todavía no había empezado. Los que escaparon alcanzaron a contar otra cosa: habían ordenado abrir una galería nueva, más honda, a pesar de las grietas. Querían extraer rápido antes de que llegara un inspector. Hubo un rugido dentro de la montaña. Algunos salieron. Otros quedaron adentro.
Se volvió hacia él.
—Nunca devolvieron los cuerpos.
Esteban sintió rabia, aunque no sorpresa. Había escuchado rumores, frases sueltas en la cantina, insultos ahogados en lengua baja. Pero en pueblos como aquel los pobres aprendían temprano la inutilidad de denunciar cuando los culpables tienen firma, dinero y protección.
—¿Por qué vienes a mí? —preguntó.
Ixchel lo miró como si la respuesta estuviera escrita en los muros.
—Porque tú también eres un hombre al que los muertos no dejan en paz.
La frase cayó entre ambos con una exactitud insoportable.
Esteban apartó la vista. Por primera vez en años sintió deseos de hablar de Rosa, de contarle a alguien cómo seguía oyendo el rumor de su falda en ciertas mañanas de viento, cómo a veces juraba sentir su mano sobre la nuca cuando el insomnio lo vencía. Pero algo más fuerte que el impulso de confesión lo contuvo.
—¿Qué harás con la daga? —preguntó.

Ixchel caminó hasta la puerta. Afuera el sol empezaba a trepar por encima de los cerros, y el barro del sendero despedía vapor.
—Lo que se debe hacer —respondió—. Abrir el sitio donde la memoria quedó atrapada.
—Eso no me dice nada.
Ella se detuvo en el umbral, con la luz recortándola de perfil.
—En las ruinas, detrás del bosque, hay una piedra partida por un rayo hace mucho tiempo. Debajo duerme un ojo de agua antiguo, sellado por manos de conquista y olvido. Los antiguos lo cerraron cuando la tierra fue profanada. Mi abuela decía que solo volvería a brotar cuando el nombre del perdido fuera devuelto en plata viva.
Esteban frunció el ceño.
—Hablas como si todo estuviera escrito desde antes.
Ixchel sonrió con cansancio.
—No escrito. Recordado.
Durante un momento ninguno dijo nada. Luego el herrero tomó aire y fue hasta un anaquel donde guardaba una bolsa de cuero con algunas monedas. La dejó sobre la mesa, al lado del lingote ya transformado.
—No te cobraré esto —dijo.
Ixchel negó.
—No has trabajado por mí solamente.
—Tampoco quiero la plata de un muerto.
La mujer observó la bolsa, pero no la tocó.
—Entonces quédate con esto.
De entre sus ropas sacó un pequeño objeto envuelto en lana roja. Al desenvolverlo apareció una piedra lisa, ovalada, veteada de blanco y verde oscuro. Cabía en la palma de la mano.
—¿Qué es?

—Serpentina de la laguna alta. Mi madre la llevaba cuando quiso tener hijos y no los tenía. Mi abuela la llevó al morir. Ahora te pertenece.
Esteban no alcanzó a rechazarla. Ixchel depositó la piedra en su mano y cerró sus dedos sobre ella con una firmeza inesperadamente tierna.
—Esta noche, cuando suba la luna, ven a las ruinas —dijo—. Si no vienes, igual se abrirá el camino. Pero será más difícil para todos.
—¿Para todos quiénes?
—Para los vivos. Para los muertos. Para ti.
Antes de que él pudiera insistir, la mujer salió.
Esteban la siguió hasta el umbral. La vio descender unos metros por el sendero y luego internarse entre los árboles, no hacia el pueblo, sino hacia la ladera que conducía a las ruinas. Caminaba sin volver la cabeza. Había en ella algo no exactamente humano y, al mismo tiempo, profundamente terrenal: el paso seguro de quien pertenece a un linaje más antiguo que las escrituras oficiales.
El herrero permaneció inmóvil, con la piedra en el puño, hasta que la silueta de Ixchel desapareció entre la neblina baja que aún flotaba en el bosque.
Solo entonces oyó una voz detrás de sí.
—¿Quién era esa mujer?
Era **Benigno**, el sacristán de la iglesia, un hombre menudo de nariz afilada y ojos curiosos, que había subido por alguna herramienta prometida semanas antes. Llevaba un sombrero deformado por la humedad y una expresión entre recelosa y ávida.
—Una clienta —respondió Esteban secamente.
Benigno entrecerró los ojos.
—No parecía de por aquí.
—No lo es.

—La vi bajar del bosque hace un rato, antes de venir. Y anoche algunos dicen que se vieron luces raras por este lado.
Esteban sintió irritación.
—La tormenta hace ver cosas.
Benigno avanzó un paso, escrutando el interior del taller como quien busca signos de un secreto. Luego clavó la vista en la daga todavía sobre la mesa. Su expresión cambió. No supo si por codicia, temor o simple superstición.
—Esa hoja... no es para trabajo del campo.
—No.
—Hay quien habla de rituales en las alturas —murmuró el sacristán—. De gente que no quiere dejar atrás las sombras antiguas.
El herrero lo fulminó con la mirada.
—Y hay quien mete la nariz donde no lo llaman.
Benigno levantó las manos, fingiendo ofensa.
—Solo cuido que no se traiga desgracia al pueblo, Esteban. Ya bastante hemos tenido.
La frase quedó flotando con un filo ambiguo. Ambos sabían que la desgracia mayor había llegado años antes con el deslave y, más recientemente, con la mina. Pero había asuntos que los habitantes de Vilcamba preferían atribuir al destino antes que a la responsabilidad humana.
El sacristán terminó marchándose sin su herramienta, no sin antes lanzar una última ojeada al taller.
Cuando se quedó solo, Esteban cerró la puerta. Sintió de pronto que el día entero se estrechaba alrededor de la cita de la noche. Todo lo que había sido su vida hasta entonces —la fragua, la rutina, el duelo convertido en costumbre— parecía apartarse ligeramente para dejar paso a algo más vasto y más incierto.
Miró la piedra verde y blanca en su mano.

Era tibia.
La guardó en el bolsillo del chaleco y volvió a contemplar la daga. Sabía que, si fuera sensato, podría desentenderse. Entregársela a Ixchel, olvidar las voces, encerrarse en la forja y seguir dejando que los días lo desgastaran con la lentitud de siempre. Nadie se lo reprocharía. Los hombres agotados tienen derecho a proteger su poca paz.
Pero la paz que había conocido desde la muerte de Rosa no era verdadera paz. Era una forma de resignación.
Y ahora, por primera vez en muchos años, algo dentro de él se movía no solo por pena o costumbre, sino por necesidad.
Aquella noche subiría a las ruinas.
No porque creyera entender lo que iba a ocurrir.
Sino precisamente porque ya no podía seguir fingiendo que el mundo terminaba en lo visible.
Continuó mirándolo con la gravedad de quien presiente una grieta y no sabe si aún está a tiempo de rodearla.
—Solo te pido prudencia —dijo al fin—. Esta noche no subas al bosque.
Esteban sintió, con una certeza casi amarga, que ya era tarde para la prudencia.
—Si pudiera obedecerle, padre, quizá lo haría.
Anselmo lo estudió un segundo más, como si quisiera añadir algo y desistiera. Luego apoyó una mano pesada en el hombro del herrero.
—Entonces, al menos, no vayas sin recordar quién eres.
La frase lo acompañó de regreso a la herrería como un eco incómodo.

Capítulo IV

Las ruinas y el nombre enterrado

La tarde cayó lentamente sobre Vilcamba. El azul del cielo se fue endureciendo hasta volverse violeta, y el aire, limpio tras la tormenta, empezó a llenarse del frío agudo que bajaba desde los picos. Don Esteban trabajó apenas un par de horas más en tareas menores que no requerían atención: enderezó unos clavos viejos, ordenó herramientas, barrió ceniza. Todo lo hacía con una torpeza inhabitual, porque su pensamiento estaba ya en la noche.

Al caer el sol, envolvió la daga en el mismo paño oscuro, guardó en el bolsillo la piedra de serpentina que Ixchel le había dado, y apagó la fragua. Antes de salir miró una vez más el interior del taller: el yunque, el fuelle, la repisa con vasos de latón, la silla coja junto al fogón. Todo aquello había sido su mundo durante años. De pronto le pareció un refugio pequeño frente a algo inmenso que se estaba abriendo.

Tomó el sendero hacia el bosque cuando la primera estrella apareció sobre la sierra.

Las quenuas se alzaban negras contra el cielo pálido, y sus ramas retorcidas parecían manos detenidas en mitad de un gesto. El suelo seguía húmedo; olía a musgo, barro y hojas lavadas por la lluvia. Esteban avanzó despacio, escuchando. No oía animales. Ni grillos. Ni el roce ordinario del monte. Solo el viento, que esa noche no soplaba: susurraba.

Conocía el camino hasta las ruinas, pero nunca lo había recorrido a esa hora. A medida que ascendía, la oscuridad adquiría densidad, como si no fuera simple falta de luz, sino una sustancia antigua acumulada entre las piedras. La luna, ya redonda, se elevó por encima de una arista y derramó sobre el bosque un resplandor frío. Entonces las vio.

Las ruinas surgieron entre los árboles como los restos de un pensamiento gigantesco.

Muros de piedra encajada sin mortero. Escalinatas medio hundidas en la tierra. Terrazas cubiertas de ichu. Un recinto circular abierto al cielo, donde la maleza había crecido entre bloques lisos labrados siglos atrás. Allí, en el centro, estaba Ixchel.

Había encendido cuatro pequeñas llamas en cuencos de barro colocados hacia los cuatro rumbos. No eran velas, sino mechas alimentadas con grasa o resina. Su luz no luchaba contra la noche; parecía conversar con ella. La mujer permanecía de pie frente a una gran piedra hendida en dos, tal como la había descrito: partida por un rayo antiguo, ennegrecida en la grieta, rodeada de líquenes plateados. Cantaba en voz muy baja, en una lengua que Esteban no comprendía del todo y, sin embargo, le resultaba familiar en algún nivel que no era el del aprendizaje.

Ixchel se volvió apenas él entró en el recinto.

—Llegaste.

—No estaba seguro de querer hacerlo.

—No hacía falta que lo estuvieras.

El herrero se acercó. La daga, envuelta en el paño, pesaba extrañamente en sus manos.

—¿Qué se supone que ocurrirá aquí?

Ixchel señaló la piedra hendida.

—Debajo hay agua. Y memoria. Ambas quedaron selladas.

—¿Por quién?

—Por miedo. Por dolor. Por los que quisieron callar lo que la tierra guardaba.

Esteban frunció el ceño.

—Eso sigue sonando a historia más que a respuesta.

Ixchel no se ofendió.

—Las historias son respuestas viejas. A veces las únicas que sobreviven.

Se arrodilló frente a la piedra y apoyó la palma en el suelo.

—Antes de que llegaran los hombres del hierro y del caballo, este lugar era un sitio de paso. Aquí se hablaba con los ausentes. No para retenerlos, sino para ayudarles a cruzar. Después vinieron otros dioses, otras leyes, otros miedos. Cerraron el ojo de agua. Quebraron nombres. Enterraron ofrendas. Pero algunas cosas no mueren; esperan.
Le hizo un gesto para que se aproximara más.
—Dame la daga.
Esteban la desenvolvió. La hoja de plata captó la luz lunar con un brillo tenue y despierto. Ixchel la tomó con ambas manos, volvió a leer el nombre grabado y luego apoyó la punta en la grieta de la piedra.
Nada ocurrió al principio.
El viento recorrió el recinto con un murmullo circular. Las llamas vacilaron. Muy a lo lejos, desde el pueblo, llegó el ladrido de un perro y se apagó de golpe.
Ixchel cerró los ojos y comenzó a recitar. Esta vez alternaba palabras en quechua con frases en castellano antiguo o ceremonial, como si hablara para varios tiempos a la vez.
—Tupaq, hijo de la altura. Tupaq, hermano buscado. Tupaq, nombre no devuelto. Abre lo que fue cerrado. Muestra lo que fue negado. Toma la plata de tu memoria y habla.
La piedra respondió.
No con voz, sino con un estremecimiento profundo que subió por el suelo y trepó por las piernas de Esteban. La grieta emitió un sonido hueco, como el de un cántaro al llenarse. Luego, desde su interior, brotó una hebra de agua fina y brillante.
Esteban retrocedió un paso.
El hilo se convirtió en chorro. El agua descendió por la hendidura, limpió musgo, arrastró tierra, y comenzó a reunirse en una pequeña depresión a los pies de la roca. Pero no era agua común. Reflejaba la luna con

demasiada nitidez, como si la contuviera entera, y en su superficie aparecían sombras en movimiento. Sombras humanas.
Esteban se inclinó, incapaz de apartar la vista. Vio rostros. Manos. Hombres avanzando en fila por una galería estrecha. Cascos, lámparas, polvo. Luego un grito. Después, una orden seca pronunciada por alguien que quedaba fuera del encuadre de aquella visión líquida.
—Sigan. No se detengan.
La galería mostraba una grieta abierta en el techo. Uno de los mineros levantó la cabeza con miedo. Era Tupaq.
La imagen se hizo más nítida. Se vio un capataz señalando con rabia. Se vio una viga mal colocada. Se oyó, desde las profundidades del agua, un estruendo sordo. La montaña cediendo. Tierra. Piedra. Oscuridad.
Esteban se irguió bruscamente, con el pecho apretado.
—Dios santo.
Ixchel no apartó la daga de la grieta.
—No llames a un solo dios aquí —murmuró—. Esta verdad es más vieja.
El agua siguió mostrando fragmentos. No todos eran de la mina reciente. Aparecieron también otras escenas: indígenas arrancados de sus tierras, hombres obligados a extraer plata para otros dueños, cuerpos arrojados en pozos, un sacerdote de siglos atrás bendiciendo un socavón mientras evitaba mirar a los trabajadores exhaustos. Era como si el ojo de agua no guardara un hecho, sino una cadena entera de heridas.
Las voces comenzaron entonces.
No llegaban ya como susurro indistinto, sino como un coro de presencias suspendidas alrededor del recinto. Algunas hablaban en quechua, otras en castellano quebrado, otras en un idioma que Esteban no conocía. Y sin embargo entendió lo esencial, como había

entendido siempre lo importante de aquellas voces nocturnas: no pedían castigo por sed de sangre, sino reconocimiento. Nombre. Descanso.
Ixchel abrió los ojos.
—Ellos quieren que se sepa.
—¿Cómo se hace eso? —preguntó Esteban, todavía aturdido—. ¿Le mostramos agua encantada al pueblo? ¿A la municipalidad? ¿A la empresa?
—No bastará con mostrar. Habrá que abrir también la parte que los vivos enterraron.
El herrero la miró con dureza.
—Habla claro.
Ixchel retiró la daga de la piedra. El agua siguió brotando, ya sin violencia, con un fluir constante y manso.
—Hay un hombre en Vilcamba que sabe más de lo que dice. No causó el derrumbe con sus manos, pero ayudó a cubrirlo. Recibió dinero para callar. Convenció a otros de callar. Bendijo el miedo con palabras de obediencia.
Esteban pensó de inmediato en algún funcionario menor, en un capataz local, en uno de los hombres que hacían de puente entre la empresa y el pueblo. Pero antes de que pudiera nombrar a nadie, Ixchel añadió:
—Benigno.
El nombre cayó como una piedra en el agua.
—¿El sacristán?
—Su cuñado trabaja en la mina. Fue él quien trajo la orden de no remover la galería. Dijeron que rescatar cuerpos sería demasiado costoso, que alteraría la explotación y atraería preguntas. Benigno ayudó a correr la versión del castigo divino, del derrumbe inevitable, de la montaña enojada por ritos viejos. Así el miedo se volvió una cerca.
Esteban sintió una oleada de asco.
—Eso no prueba nada.

Ixchel lo miró con tristeza.
—No para los vivos. Para los muertos, sí.
Como si hubieran escuchado su nombre, las voces alrededor del recinto cambiaron. Una de ellas emergió con mayor claridad que las otras: joven, firme, cargada de tierra.
—No fue la montaña sola.
Era la misma voz que Esteban había oído en el barreño de agua la noche anterior.
El herrero apretó los puños.
—Si esto es verdad, ¿qué esperan de mí?
Ixchel guardó silencio unos segundos, y por primera vez pareció vacilar.
—Que seas testigo.
—No basta.
—No. Pero es el inicio.
Entonces ocurrió algo que ninguno esperaba.
Una ráfaga helada atravesó el recinto, apagó dos de las llamas y levantó remolinos de polvo seco entre las piedras. Del borde del bosque surgieron pasos apresurados. Varias linternas temblorosas aparecieron entre los troncos. Luego voces humanas.
—¡Allí!
—¡Lo sabía!
—¡Brujería!
Benigno irrumpió primero, jadeante, acompañado por tres hombres del pueblo y, detrás de ellos, el padre Anselmo con el rostro demudado. El sacristán llevaba un crucifijo en una mano y una lámpara en la otra. Al ver el agua brotando de la piedra y la daga de plata en manos de Ixchel, se santiguó con teatral violencia.
—¡Dije que esto traería desgracia!
Los otros hombres se quedaron a unos pasos, entre fascinados y aterrados. Uno de ellos, Tomás el molinero, murmuró una oración. Otro evitó mirar el agua.

El padre Anselmo avanzó despacio.
—Esteban... ¿qué has hecho?
El herrero abrió la boca, pero Ixchel respondió antes.
—Abrimos lo que ustedes cerraron por miedo.
Benigno soltó una risa nerviosa.
—No escuches a esta india. Está trastornando el cerro.
Las palabras apenas salieron de su boca cuando el agua del ojo brotante se agitó con violencia. La superficie se tensó como un espejo golpeado desde abajo y mostró, clara, otra escena.
Benigno se vio a sí mismo.
Estaba en una habitación de tablas, semanas atrás, recibiendo una bolsa de dinero de manos de un hombre con chaqueta de la empresa. Se lo oyó decir, con la voz exacta que ahora intentaba negar:
—La gente creerá lo que más le tema. Ya me encargo yo.
Nadie habló.
El rostro del sacristán perdió toda sangre.
—Eso... eso no...
Pero la visión cambió y lo mostró otra vez, en la plaza, susurrando a las viudas que no insistieran, que remover la mina solo provocaría más muertes, que los cuerpos perdidos eran voluntad de Dios. Luego otra imagen: Benigno quemando un papel con nombres. Luego otra: señalando a Ixchel ante dos hombres armados que la buscaron en las alturas.
Tomás dio un paso atrás.
—Madre de Dios...
Benigno dejó caer la lámpara. El vidrio se rompió sobre la piedra, pero la llama se extinguió al tocar el suelo húmedo.
—Es mentira —balbuceó—. Es hechicería.
—No —dijo el padre Anselmo, con una voz que Esteban nunca le había oído—. Es verdad.

El sacerdote no miraba a Ixchel ni al agua. Miraba a Benigno con una mezcla de horror y cansancio infinito, como si todas las pequeñas cobardías toleradas durante años hubieran terminado por adquirir cuerpo delante de él.
—¿Cuánto sabías? —preguntó.
Benigno retrocedió.
—Yo... yo solo repetí lo que me dijeron. Era para evitar más dolor. Para que la gente no se alborotara. No podíamos contra ellos.
—Y elegiste servirles.
El sacristán abrió la boca para defenderse, pero una vibración más fuerte atravesó el recinto. La piedra hendida crujió. El agua aumentó su caudal. Las voces alrededor se volvieron un clamor. No de furia ciega, sino de presencia insoportable.
Ixchel alzó la daga.
—El nombre fue devuelto. Ahora falta el camino.
Señaló la ladera occidental, donde detrás de la maleza se abría un antiguo sendero de piedra medio derrumbado.
—La galería sellada de los antiguos conecta con la veta nueva. Los cuerpos están más cerca de lo que la empresa dice. La montaña no los devoró por completo. Los retuvo.
Esteban entendió de golpe.
—Quieres que vayamos ahora.
—Antes de que amanezca. Antes de que el miedo vuelva a cerrarlo todo.
Nadie se movió.
El padre Anselmo fue el primero en hacerlo. Se quitó el rosario del cuello y lo guardó en el bolsillo de la sotana, como si no renunciara a su fe pero supiera que esa noche debía caminar sin escudarse en fórmulas.
—Yo iré —dijo.

Tomás tragó saliva y asintió con torpeza. El tercer hombre, un campesino llamado Aurelio, dudó largamente, pero el brillo del agua y las imágenes recién vistas habían demolido su resistencia.
Benigno cayó de rodillas.
—No me dejen aquí.
Nadie respondió.
Ixchel miró a Esteban.
—Ahora ya sabes por qué viniste.
El herrero contempló el ojo de agua, la piedra abierta, el rostro hundido del sacristán, el cura silencioso, las ruinas respirando bajo la luna. Sintió miedo, sí, pero ya no era el miedo inmóvil de los años de duelo. Era un miedo atravesado por dirección.
Tomó la daga de manos de Ixchel.
La hoja estaba tibia.
—Entonces vamos —dijo.
Y juntos, guiados por la mujer de las alturas y por la plata que guardaba un nombre, se internaron por el sendero enterrado hacia la parte más honda de la montaña, donde los muertos aguardaban desde hacía siglos que alguien recordara cómo abrirles paso.

Capítulo V

La galería de los que no regresaron

El sendero descendía detrás de las ruinas con una inclinación engañosa. Desde arriba parecía una simple escalinata vencida por la maleza, pero a medida que avanzaban, las piedras labradas revelaban una intención antigua: no era un camino cualquiera, sino una vía ceremonial o de resguardo, construida para internarse en la ladera sin ser vista desde el valle. Las raíces de las quenuas se habían enroscado entre los peldaños, y en algunos tramos el musgo volvía resbaladiza la roca.

Ixchel iba delante, sosteniendo uno de los cuencos encendidos que había recogido del recinto. La llama no se apagaba pese al viento del corredor vegetal. Detrás caminaban Esteban y el padre Anselmo; luego Tomás y Aurelio, cargando lámparas de aceite; al final, Benigno, obligado más por el terror que por el valor.

Nadie hablaba mucho. Las pocas palabras que intercambiaban nacían de una necesidad inmediata.

—Cuidado con esa piedra.

—Aquí el suelo cede.

—Más despacio.

El sendero desembocó al cabo de un rato en una abertura baja oculta por matorrales. Era una boca de piedra seca, semicircular, demasiado regular para ser una grieta natural. Sobre el dintel, medio devorado por líquenes, se distinguían figuras grabadas: un ave de alas extendidas, una serpiente ondulante y una serie de líneas escalonadas que parecían representar agua o montañas.

Ixchel se detuvo.

—Por aquí.

Benigno dejó escapar un gemido.

—Eso estaba sellado.

—Ya no —dijo ella.

En efecto, varias piedras del umbral se hallaban removidas desde hacía poco, como si una presión interior o un temblor las hubiera aflojado. El aire que salía de la abertura era frío, húmedo y antiguo.

Esteban alzó la lámpara.

—¿Quién entró antes?

Ixchel negó.

—Nadie que haya salido para contarlo.

La galería comenzaba angosta y obligaba a inclinar la cabeza. Más adentro se ensanchaba lo justo para permitir el paso en fila. Las paredes no estaban hechas con la precisión magnífica de los muros visibles en las

ruinas, sino talladas directamente en la roca, con refuerzos de bloques encajados en ciertos tramos. Se notaba que aquello había sido usado, pero no para explotación minera. No había marcas de pico ni rastros de extracción. Era un conducto de tránsito, quizá de refugio, quizá de ceremonia.

El silencio del interior no era completo. Se oía gotear agua en la distancia. Y algo más: una vibración honda, casi subterránea, como un pulmón muy lento respirando en el vientre de la montaña.

Anselmo se santiguó una vez, sin aspavientos.

—Nunca había oído hablar de este lugar.

Ixchel no volvió la cabeza.

—Sí habías oído. Solo que lo llamaban leyenda.

Avanzaron durante varios minutos que parecieron más largos. En ciertos recodos la roca estaba cubierta por vetas pálidas que la luz convertía en filamentos de plata. En otros, se abrían nichos vacíos en la pared, como si alguna vez hubieran albergado ofrendas o lámparas. El aire se hizo más denso y cargado de mineral.

Entonces llegaron a la primera bifurcación.

A la derecha, el pasaje descendía hacia la oscuridad con olor a agua estancada. A la izquierda, una corriente de aire más reciente traía polvo seco y un eco metálico.

Ixchel señaló la izquierda.

—La mina nueva.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tomás.

—Porque la montaña todavía tiembla por ahí.

No parecía metáfora.

El túnel se volvió más áspero. Las huellas de trabajo moderno aparecieron de pronto: vigas toscas, marcas de perforación, restos de cuerda, un casco abandonado. La transición era perturbadora. Como si dos épocas, separadas por siglos, se hubieran tocado de forma violenta bajo tierra.

Benigno empezó a respirar con dificultad.
—No debimos venir. Esto es pecado. Esto es...
—Esto es donde dejaron a los tuyos y a los nuestros —dijo Aurelio con brusquedad, sin mirarlo.
El sacristán calló.
Pocos metros después encontraron la primera prueba material. Bajo un desprendimiento menor, medio cubierto de barro seco, asomaba una bota. Esteban se agachó y apartó con las manos piedras pequeñas hasta revelar un pie humano aún dentro del cuero. No estaba descompuesto del todo; el frío y el mineral habían detenido parte de la corrupción. Tomás dio una arcada.
Ixchel se arrodilló junto al cuerpo sin intentar desenterrarlo entero.
—No es Tupaq.
—¿Cómo lo sabes? —murmuró Esteban.
—Porque su voz sigue más adentro.
La galería principal terminaba de repente en un gran derrumbe. Piedra, tierra y vigas partidas formaban una barrera caótica, pero no completamente compacta. Entre los bloques se abrían huecos por donde circulaba aire. Detrás se oía, débil y persistente, el goteo del agua.
Esteban apoyó la mano sobre una de las vigas rotas. Estaba astillada hacia afuera.
—Esto no cedió solo por peso —dijo—. La empujaron mal. Abrieron donde no debían.
El padre Anselmo se aproximó con el rostro ceniciento.
—¿Puedes hacer algo?
El herrero no respondió enseguida. Observó el derrumbe como observaría un mecanismo roto. Vio tensión aún atrapada entre las piedras, puntos donde un movimiento torpe provocaría otra caída, otros donde quizá era posible abrir paso.

—Sí —dijo al fin—. Pero necesitamos trabajo fino. Y silencio.
Durante la siguiente hora, bajo aquella montaña cargada de nombres, volvieron a ser simplemente hombres enfrentados a piedra y muerte. Esteban dirigió. Tomás y Aurelio retiraban escombros menores. Anselmo sostenía la luz y ayudaba donde podía, sorprendentemente firme para alguien poco habituado a esfuerzo físico. Benigno, tembloroso, obedecía cuando lo mandaban, sin quejarse.
Ixchel no tocó las piedras al principio. Permanecía con la daga en la mano y los ojos atentos al fondo del túnel, como si escuchara indicaciones que los demás no podían oír.
A ratos el trabajo se interrumpía por pequeños crujidos internos, y todos se quedaban inmóviles, conteniendo la respiración, hasta que la montaña volvía a aquietarse. En una de esas pausas, Esteban oyó claramente un susurro a su espalda.
—Más abajo. A la izquierda.
Se volvió. No había nadie.
Pero siguió la indicación. Ordenó retirar tres piedras planas de la parte inferior izquierda del derrumbe, y detrás apareció un hueco estrecho por el que escapó una bocanada de aire helado.
Ixchel se acercó de inmediato.
—Por ahí.
—No cabe un hombre de pie.
—Cabrá arrastrándose.
Tomás maldijo entre dientes.
—Esto es una tumba.
—Sí —dijo Esteban—. Por eso vinimos.
Fue él quien entró primero. Se tumbó boca abajo y avanzó empujándose con codos y rodillas, con la lámpara por delante y la daga sujeta entre los dientes para no perderla. La roca le raspó la espalda. El aire era

tan estrecho que por momentos le faltó. Pero a los pocos metros el conducto se abrió.
Cayó al otro lado en una cavidad mayor y levantó la lámpara.
Lo que vio lo dejó inmóvil.
Era una cámara natural o excavada parcialmente, alta y silenciosa, donde el derrumbe había dejado aislado un espacio intacto. Allí estaban.
Siete cuerpos.
Algunos tendidos unos junto a otros. Otros apoyados contra la pared, como si hubieran muerto sentados esperando ayuda. Cascos, botas, chaquetas endurecidas por el polvo. Rostros ya alterados, pero aún reconocibles en parte. Entre ellos, con la espalda recostada en una piedra y las manos sobre el vientre, estaba el joven de las visiones.
Tupaq.
Tenía el cráneo inclinado hacia un lado y el cabello pegado a la sien, pero sus facciones conservaban una dignidad serena, casi obstinada. En la mano derecha sostenía algo pequeño envuelto en tela.
Esteban sintió un nudo brutal en la garganta.
—Aquí están —gritó, y su voz le salió más ronca de lo que esperaba.
Uno a uno fueron entrando los demás por el hueco. Tomás lloró en silencio apenas vio los cuerpos. Aurelio se quitó el sombrero. El padre Anselmo cerró los ojos y murmuró una oración breve que no sonó a imposición, sino a humilde compañía.
Ixchel avanzó directamente hacia su hermano.
No corrió. No se derrumbó. Se arrodilló ante él con una lentitud reverente, como si al fin llegara a un lugar anunciado desde mucho antes de su nacimiento. Tocó su frente con los dedos. Después deshizo la tela que Tupaq sostenía en la mano.
Dentro había un pequeño puñado de tierra oscura.

—De nuestra chacra —susurró ella—. La llevó consigo.
Entonces, por primera vez, lloró.
No fue un llanto escandaloso ni largo. Fueron lágrimas silenciosas que descendieron por su rostro inmóvil mientras apoyaba la frente en las rodillas de su hermano. Nadie dijo nada.
La cámara entera comenzó a vibrar con una suavidad nueva. No amenaza. Respuesta.
Las voces estaban allí otra vez, pero ya no dolían igual. Sonaban menos desgarradas, como si la mera presencia de los vivos frente a los muertos hubiese aflojado un nudo de meses, de años, de generaciones.
Esteban alzó la lámpara hacia el fondo de la cueva y vio algo más: en la pared trasera, medio cubierto por polvo, había un filón de plata que brillaba como agua congelada. Era hermoso y terrible. Entendió entonces con una claridad seca lo que había tentado a los empresarios a abrir rápido, a ocultar, a sacrificar.
Benigno también lo vio.
—Por eso... —murmuró.
Aurelio giró hacia él con furia.
—¿Por eso cuánto vale un hombre?
Benigno rompió a llorar, hundiéndose contra la pared.
—Yo no pensé... yo no creí que...
—Nunca pensaste —dijo el padre Anselmo, y el juicio en su voz fue más duro que cualquier grito.
Ixchel se puso de pie. Tenía los ojos enrojecidos, pero el llanto la había vuelto extrañamente más firme.
—No se irán de aquí escondidos otra vez.
Se volvió hacia Esteban.
—Hay que sacarlos antes del alba.
El herrero miró el hueco estrecho por el que habían pasado.
—Por ahí será casi imposible uno a uno.
—Entonces abriremos más —dijo ella.

Esteban comprendió la magnitud del trabajo y también su urgencia. Si lograban sacar los cuerpos al amanecer y llevarlos al pueblo, la verdad dejaría de ser rumor, visión o rito para volverse materia irrefutable.
Apoyó la mano sobre la pared y sintió la piedra temblar apenas, como un animal exhausto.
—De acuerdo —dijo—. Pero con cuidado. La montaña ya dio bastante.
Y bajo la luz amarilla de las lámparas, entre cadáveres recuperados y plata escondida, comenzaron la tarea de abrir una salida para los que por fin iban a regresar.

Capítulo VI

Los cuerpos al amanecer

Trabajaron con una disciplina nacida del agotamiento y la necesidad. Esteban examinó el punto exacto donde el derrumbe podía ceder sin venirse abajo por completo. Ordenó retirar primero tierra suelta, luego piedras menores, luego una viga partida cuya posición impedía ampliar el paso. Cada movimiento era una apuesta. Cada error podía sellarlos allí con los muertos.
Ixchel, en lugar de apartarse, sostuvo la luz junto a él. En varios momentos pareció anticipar crujidos invisibles y avisó antes de que ocurrieran.
—Detente.
—Ahora.
—No esa piedra; la otra.
Tomás dejó de cuestionar de dónde salía su certeza. La obedecía.
Poco a poco el hueco se ensanchó hasta permitir el paso agachado de un hombre cargando peso. A través de la nueva abertura comenzó a entrar una corriente de aire más franca. El túnel antiguo y la galería moderna parecieron aceptar, al fin, una comunicación que la

codicia había querido violentar y el derrumbe había castigado.
Sacaron primero al cuerpo más cercano. Lo envolvieron en una manta vieja hallada entre los restos de equipo. Luego otro. Y otro. El trabajo tenía algo de procesión y algo de reparación. Nadie se apresuraba más de lo que la seguridad permitía, pero tampoco se permitían detenerse en el horror. Había una tarea, y esa tarea les daba un orden.
Cuando llegó el turno de Tupaq, Ixchel pidió hacerlo ella.
Se agachó, pasó un brazo por la espalda de su hermano y otro por debajo de sus rodillas. Era un gesto imposible para una sola mujer frente a un cuerpo muerto, pero Esteban acudió a sostener el peso. Entre ambos lo levantaron con cuidado y lo llevaron hasta la abertura. Antes de cruzar, la daga de plata, que Ixchel había colocado sobre el pecho del muerto, emitió un brillo breve.
La cámara respondió con un susurro colectivo.
No palabras. Alivio.
Anselmo lo percibió también. El sacerdote se detuvo, con lágrimas húmedas en la barba.
—Que descansen —murmuró.
—Todavía no —dijo Ixchel—. Primero deben ser vistos.
Cuando salieron al exterior, el cielo comenzaba a palidecer sobre las cumbres. No era aún amanecer pleno, sino ese momento en que la noche pierde autoridad, aunque conserve su forma. El aire cortaba la piel. Los primeros pájaros llamaban desde los árboles.
Depositaron los cuerpos en la terraza más ancha de las ruinas, alineados con respeto y cubiertos hasta el rostro. Tupaq quedó en el centro. El ojo de agua seguía manando junto a la piedra hendida, ahora sereno como si siempre hubiera estado allí.

Benigno, al contemplar la fila de muertos bajo la luz naciente, se arrodilló otra vez. Pero esta vez nadie interpretó su gesto como teatro. La culpa lo había vaciado.
—Diré todo —balbuceó—. Todo lo que sé.
El padre Anselmo lo miró sin piedad ni odio.
—Lo harás delante de todos.
Abajo, en el pueblo, comenzó a sonar una campana.
Una vez.
Dos veces.
Tres.
No era toque de misa ni de alarma habitual. Sonaba desacompasada, urgente. Esteban tardó un segundo en entender: alguien había visto luces en las ruinas o gente yendo y viniendo por el bosque. La noticia empezaba a bajar sola.
Tomás escupió al suelo.
—Ya vienen.
Y en efecto, al poco tiempo vieron moverse figuras por el sendero. Primero unos pocos vecinos. Luego más. Hombres con ponchos mal abrochados. Mujeres con mantas sobre la cabeza. Muchachos descalzos. Detrás, dos guardias municipales somnolientos y confundidos. Todos subían atraídos por esa mezcla irresistible de miedo, curiosidad y presentimiento.
Cuando alcanzaron la terraza, el murmullo se volvió espeso. Algunos se santiguaron. Otros lloraron al reconocer botas, chaquetas, manos. Una mujer lanzó un grito seco y cayó sobre el segundo cuerpo de la fila: era su hijo. Otra se cubrió la boca y pronunció el nombre de un esposo. En cuestión de minutos el lugar se llenó de duelo verdadero, no del duelo administrado por rumores y resignación.
Ixchel se mantuvo junto a Tupaq, erguida.

Benigno intentó ocultarse detrás de los demás, pero Anselmo le tomó el brazo y lo hizo avanzar al frente. El sacristán apenas podía sostenerse.
El padre habló con voz recia, más fuerte que la emoción general.
—Escuchen. Estos hombres no desaparecieron por voluntad inescrutable. Fueron abandonados bajo la montaña. Y hubo quienes ayudaron a callarlo.
El murmullo cesó como cortado con cuchillo.
Benigno temblaba tanto que parecía a punto de desplomarse. Miró a la multitud: rostros de vecinos, parientes, niños que lo conocían desde siempre.
Entonces confesó.
No con elegancia ni orden. A trozos, llorando, contradiciéndose y corrigiéndose. Habló del hombre de la empresa que le entregó dinero. Del rumor que le pidieron sembrar. De las listas alteradas. De cómo convenció a algunos de que reclamar solo empeoraría las cosas. Del miedo a perder los pequeños favores que recibía. De su propia cobardía.
Cada frase caía sobre el pueblo como una piedra nueva.
Doña Jacinta fue la primera en insultarlo. Luego otros. Un hombre se lanzó hacia él con intención de golpearlo, pero Tomás y Aurelio lo detuvieron. La rabia amenazó con desbordarse.
Fue Ixchel quien la contuvo.
No levantó la voz. Solo dio un paso adelante con la daga envainada otra vez en el paño oscuro.
—No vinimos a alimentar más oscuridad.
La multitud se aquietó lo suficiente para oírla.
—Estos hombres piden verdad. Y entierro. Y que nadie vuelva a vender sus nombres.
El silencio que siguió tuvo más fuerza que cualquier grito.

El guardia municipal de mayor edad, un mestizo de bigote ralo llamado Salvatierra, se aclaró la garganta.
—Esto... esto debe notificarse a la prefectura. A la empresa. Al juez de distrito.
—Notifícalo —dijo Esteban—. Pero primero míralos bien. Estaban donde dijeron que no había nada.
Salvatierra tragó saliva y asintió. La evidencia era demasiado visible para enterrarla otra vez con papeles.
A media mañana bajaron los cuerpos al pueblo en andas improvisadas. El trayecto fue lento y solemne. Las mujeres cantaban en voz baja. Algunas rezaban el rosario; otras entonaban cantos que venían de más antiguo. Nadie intentó separar una cosa de la otra. Ese día, en Vilcamba, la pena hizo espacio para todas las lenguas del consuelo.
Los depositaron en la plaza, frente a la iglesia.
Bajo la luz franca del sol, la verdad dejó de ser visión nocturna y se convirtió en presencia pública. Ya no importaba que algunos descreyeran de las ruinas, del ojo de agua o de la daga. Allí estaban los muertos. Allí estaba Benigno confesando. Allí estaban las familias viendo por fin los cuerpos que se les habían negado.
Esteban permanecía algo apartado, con las manos negras de tierra y polvo, sintiendo que el mundo entero se había vuelto extrañamente nítido. Rosa acudió a su pensamiento con una suavidad nueva. No como herida que sangra, sino como una voz al borde de un cuarto abierto.
En medio del revuelo llegó un jinete desde el camino de la mina. Traía el uniforme de capataz menor de la empresa. Vio la escena, tiró de las riendas y palideció.
—¿Qué significa esto?
Nadie respondió enseguida. Fue el peor silencio que pudo encontrar.
El hombre intentó recuperar autoridad.

—Los cuerpos deben quedar bajo custodia de la compañía hasta que...
No terminó. La plaza entera avanzó un paso.
No con violencia aún, pero con una decisión que hizo retroceder al caballo.
El padre Anselmo se adelantó.
—Aquí no custodiarán nada. Aquí van a escuchar.
Y en ese instante empezó, de verdad, la segunda parte de la historia: no la de encontrar a los muertos, sino la de obligar a los vivos a responder por ellos.

Capítulo VII

La plaza y la verdad

El capataz se llamaba Maldonado. Era un hombre de rostro estrecho, bigote bien recortado y manos demasiado limpias para alguien que afirmaba trabajar en mina. Intentó sostener la compostura frente a la plaza abarrotada, pero la presencia de los cuerpos alineados, las mujeres llorando y Benigno derrumbado a un lado lo habían dejado sin terreno firme.
—Debe tratarse de un malentendido —dijo, bajando del caballo con prudencia calculada—. La empresa lamentó siempre la pérdida de esos hombres.
—No estaban perdidos —respondió Esteban—. Estaban ocultos.
Maldonado lo reconoció.
—Tú eres el herrero.
—Y tú eres el que manda bajar hombres donde la roca ya avisa que va a ceder.
El capataz endureció la mandíbula.
—No acepto acusaciones sin prueba.
Ixchel dio entonces un paso al frente. No parecía impresionada por el uniforme, el caballo ni el tono burocrático.
—La prueba está tendida en la plaza.

—¿Y tú quién eres?
—La hermana de uno de los muertos.
Maldonado la miró con fastidio apenas disimulado.
—Lamento su dolor, señora, pero el procedimiento...
—El procedimiento los dejó pudriéndose bajo tierra.
La plaza murmuró con aprobación amarga.
El hombre entendió que no podía dominar la escena con fórmulas. Buscó al padre Anselmo, quizá esperando hallar en él un aliado del orden.
—Padre, usted comprende que esto debe tratarse con calma. Podríamos causar un disturbio innecesario.
Anselmo sostuvo su mirada unos segundos.
—El disturbio empezó cuando les negaron a estas familias el cuerpo de sus muertos.
Fue una ruptura pública. Tal vez pequeña a ojos del mundo, pero enorme en Vilcamba. El sacerdote acababa de abandonar el lado de la conveniencia.
Maldonado intentó un giro distinto.
—De acuerdo. Se revisará el caso. Elevaré un informe. Pero sacar conclusiones precipitadas...
—Tu informe puede esperar —dijo Doña Jacinta desde la multitud—. Primero escucha los nombres.
Y una por una, las familias fueron nombrándolos.
No era un acto planeado, pero adquirió una gravedad ceremonial. La madre de uno dijo su nombre completo y recordó que cantaba al sembrar. La esposa de otro contó cuántos hijos dejó. Un hermano mencionó la cicatriz que lo ayudó a reconocerlo. Cuando llegó el turno de Tupaq, Ixchel habló en castellano y en quechua. Dijo quién era, de qué altura venía, cómo llevaba siempre un puñado de tierra de su chacra, cómo bajó a la mina porque el hambre también obliga.
Maldonado soportó aquello como quien es obligado a mirar algo que había reducido a cifras.
Mientras tanto, Salvatierra, el guardia municipal, había enviado al muchacho más veloz del pueblo a buscar al

teniente político y al escribano del distrito vecino. No era justicia todavía, pero al menos dificultaría una desaparición administrativa.

Benigno seguía sentado en el suelo, con la cara entre las manos. Nadie lo consolaba. La compasión, en ese momento, no era lo que el pueblo podía ofrecerle. Había demasiado llanto reciente, demasiados meses de mentiras, demasiadas noches tragadas en silencio.

Maldonado observó alrededor y comprendió que estaba perdiendo algo más que una discusión: estaba perdiendo el dominio del relato. Hasta entonces, la mina había hablado por todos. Sus informes, sus listas, sus hombres a caballo, su manera de convertir la desgracia en accidente y el accidente en estadística. Pero en la plaza ya no mandaban los papeles. Mandaban los cuerpos.

—Escúchenme bien —dijo, elevando la voz con un esfuerzo visible por recomponerse—. Aunque admitiéramos irregularidades, eso no autoriza a nadie a alterar una zona de derrumbe ni a sustraer restos sin presencia de autoridad competente.

—La autoridad competente llegó tarde —dijo Esteban.

—Y la decencia también —añadió Tomás.

Una oleada de aprobación recorrió la plaza. Maldonado se volvió hacia Salvatierra, buscando al menos un uniforme que respaldara el suyo.

—Guardia, haga su deber.

El municipal tragó saliva. Era un hombre acostumbrado a pleitos de lindes, borracheras de feria y alguna riña doméstica; aquello lo excedía. Pero también veía a las viudas, a los hijos, a Anselmo erguido frente a la iglesia como si defendiera no una doctrina, sino una deuda.

—Mi deber —dijo al fin, con una lentitud que le dio más peso a sus palabras— es evitar que vuelvan a desaparecer pruebas.

La plaza guardó un silencio breve, sorprendido. Luego varias voces lo respaldaron. Maldonado sintió el golpe.
—Se están dejando arrastrar por supersticiones y agitación —insistió—. No saben las consecuencias de esto.
Ixchel lo miró sin pestañear.
—Las consecuencias ya las conocemos. Las hemos enterrado demasiado tiempo.
El capataz estuvo a punto de responder, pero un murmullo en el extremo de la plaza cambió la atención de todos. Dos hombres llegaban a caballo por el camino del distrito. Uno era el teniente político, don Eusebio Roldán, un mestizo ancho de hombros con levita polvorienta y ojos pequeños de cálculo constante. El otro, más joven y flaco, llevaba una cartera de cuero: el escribano.
Roldán bajó del caballo con la expresión irritada de quien ha sido arrancado de una mañana cómoda para entrar en un problema que preferiría no tener. Dio tres pasos, vio los cuerpos cubiertos, las familias alrededor, Maldonado lívido, Benigno deshecho, y su fastidio se convirtió en cautela.
—¿Qué demonios ha pasado aquí?
Nadie respondió enseguida. Fue Anselmo quien tomó la palabra.
—Ha pasado la verdad, don Eusebio. Llegó tarde, pero llegó.
El teniente frunció el ceño.
—Padre, no estoy para frases. Necesito hechos.
—Los hechos están ahí —dijo Esteban, señalando los cadáveres—. Sacados esta madrugada de una cámara sellada junto a la veta nueva. Los dejaron dentro tras el derrumbe. Y hubo dinero para callarlo.
El escribano ya había abierto la cartera y extraía papeles con dedos nerviosos.

—Nombres —pidió Roldán, seco—. Fechas. Quién acusa a quién.
Benigno alzó la cabeza como un animal acorralado.
—Yo... yo hablé por ellos. Por la empresa. Yo repetí lo que me dijeron.
Maldonado giró hacia él con violencia.
—¡Cállate, imbécil!
El estallido fue tan brusco que varios en la plaza dieron un respingo. Y bastó. A veces una verdad necesita meses de señales; a veces, una sola reacción la confirma.
Roldán miró a Maldonado con frialdad repentina.
—Usted va a guardar silencio hasta que se le pregunte.
Maldonado apretó la boca.
El teniente hizo una seña al escribano.
—Tome declaración de todos los que participaron en la recuperación de los cuerpos. También de las familias para identificación. Y de ese hombre —señaló a Benigno— por separado.
—No por separado —dijo Ixchel.
Roldán se volvió hacia ella, molesto.
—¿Cómo dice?
—Que no declare a puerta cerrada. No otra vez. Si va a hablar, que hable delante del pueblo.
La petición, que en otro contexto habría parecido insolencia, encontró respaldo inmediato. Voces surgieron desde todas partes.
—Aquí mismo.
—Que lo oigamos todos.
—Nada de cuartos cerrados.
Roldán vaciló. No por sentido democrático, sino porque advirtió que o cedía en lo visible o perdería el control de lo demás.
—De acuerdo —dijo al fin—. Pero con orden.
No había banco ni estrado, así que usaron la escalinata de la iglesia. El escribano se sentó con las hojas sobre

las rodillas. Roldán permaneció de pie. Benigno fue llevado frente a todos. Maldonado quedó a un lado, vigilado por Salvatierra y por la mera hostilidad del pueblo.
La confesión, ahora recogida por mano oficial, fue menos caótica que la primera, aunque no menos vergonzosa. Benigno contó del emisario de la empresa. Del dinero. Del rumor sembrado. De las listas alteradas. Del miedo presentado como doctrina. Del derrumbe que se sabía peor de lo dicho. Cada detalle iba dejando por escrito lo que hasta hacía unas horas pertenecía al rumor, al duelo sin prueba, al ámbito inseguro de las visiones.
Cuando terminó, el escribano tenía la mano entumecida.
Roldán lo miró largo rato.
—¿Puede jurar que dice verdad?
Benigno se echó a llorar otra vez.
—Ya no me sirve mentir.
Maldonado intervino con la voz tensa.
—Eso no prueba responsabilidad de la compañía. Un empleado menor no representa decisiones superiores. Habrá errores, sí, pero convertir esto en complot...
—La galería fue sellada —lo interrumpió Esteban—. Las vigas estaban forzadas. El acceso fue negado. Y los cuerpos no estaban donde ustedes dijeron que estaban.
Roldán se volvió hacia él.
—¿Sabe usted de minas?
—Sé de peso, tensión y metales. Lo bastante para reconocer una mentira cuando está sostenida con mala madera.
Tomás soltó una carcajada seca. No era humor; era cansancio con filo.
El teniente político levantó una mano pidiendo silencio. Luego miró a Ixchel.

—Usted. Dicen que guió a los hombres al lugar.
—Sí.
—¿Cómo lo conocía?
La plaza contuvo el aliento. No porque dudara de ella, sino porque esa pregunta abría la puerta a todo aquello que las autoridades preferían descartar: el sueño, la memoria, el agua, la voz de los muertos.
Ixchel no bajó la vista.
—Porque mi hermano me llamó.
Hubo un murmullo. Maldonado sonrió con desprecio fatigado, como si por fin encontrara una rendija por donde escapar.
—Ahí lo tiene —dijo—. Superstición.
Pero Anselmo habló antes de que Roldán tomara esa salida fácil.
—Llámelo como quiera. Ella encontró lo que ustedes ocultaron.
El teniente sostuvo el silencio unos segundos. No era hombre religioso en exceso ni hombre particularmente valiente, pero sí tenía instinto para medir qué realidad convenía reconocer.
—Lo que me importa —dijo al fin— es que los cuerpos aparecieron donde no debían aparecer, y que hay testimonio de encubrimiento. Lo demás quedará para la conciencia de cada cual.
Fue una frase tibia, incompleta, pero suficiente para fijar un rumbo oficial. El escribano siguió tomando nota. Se ordenó custodiar la plaza. Se prohibió mover los cuerpos hasta que las familias terminaran la identificación. Se enviaría un mensajero a la prefectura provincial. Y, por primera vez desde el derrumbe, la empresa quedaba a la defensiva.
Maldonado entendió que debía ganar tiempo.
—Si insisten en esto, exigiré presencia de peritos de la compañía —dijo—. Nadie aquí puede determinar causas.

—Yo sí puedo determinar una cosa —dijo Doña Jacinta —: que mi hijo volvió muerto porque ustedes lo dejaron.
Esa verdad no admitía peritaje.
La mañana avanzó con un pulso extraño. La plaza se convirtió en sala de duelo, tribunal improvisado y centro de gravedad de Vilcamba. Llegaron más vecinos de caseríos cercanos. Algunos traían flores. Otros, mantas limpias. Las mujeres lavaron con delicadeza los rostros que pudieron. Los hombres construyeron parihuelas mejores. El pueblo, que durante meses había padecido una pérdida abstracta, tenía ahora una tarea concreta: acompañar.
Esteban ayudó en silencio. Solo cuando el bullicio se ordenó un poco, se apartó hacia la sombra del portal de la herrería cerrada. Tenía las manos partidas, los hombros tensos y una claridad interior que le resultaba casi extraña. Ixchel se acercó sin hacer ruido.
—No te has detenido desde anoche.
—Si me detengo, quizá empiece a entenderlo todo de golpe.
Ella miró la plaza.
—No se entiende entero. Solo se atraviesa.
Esteban tardó un momento en responder.
—Cuando vi a Tupaq ahí dentro... pensé en Rosa.
Ixchel asintió como si la hubiera oído nombrarla mucho antes.
—Los muertos llaman distinto cuando han sido negados.
Él bajó la vista hacia sus manos negras.
—Durante años creí que escuchar era una forma de volverme loco.
—A veces es una forma de volverse responsable.
La frase quedó entre ambos, desnuda y exacta.
A media tarde empezaron a llegar noticias desde la mina. No oficiales: murmullos traídos por peones,

arrieros, un muchacho que había ido a vender maíz. Se decía que los ingenieros estaban inquietos. Que en oficinas y barracones habían quemado algunos papeles. Que el administrador principal todavía no bajaba al pueblo porque esperaba instrucciones de arriba. Que varios obreros querían hablar.

Esteban oyó aquello y sintió que la historia se abría, como la piedra hendida, hacia algo más grande que un hallazgo nocturno.

—No va a bastar con sacar a los muertos —dijo.

—No —respondió Ixchel—. Pero sin ellos nada habría empezado.

Hacia el atardecer se decidió velar a los siete en la iglesia, con las puertas abiertas. Hubo resistencia pequeña y vergonzante de un par de beatas que murmuraron sobre ritos y contaminaciones. Anselmo las acalló con una firmeza que nadie le conocía.

—Entrarán —dijo—. Y esta casa aprenderá a recibirlos.

Fue otra ruptura. No solo con la empresa o con Benigno, sino con una manera más honda de obedecer por costumbre.

Al caer la noche, las velas iluminaron los féretros improvisados. Se rezó el rosario. También se dejaron hojas de coca junto a los cuerpos. Nadie lo impidió. En un rincón, una anciana cantó en quechua una melodía tan antigua que ni los más viejos pudieron fecharla. La iglesia, por unas horas, dejó de separar y empezó a contener.

Esteban permaneció cerca de la puerta. Cuando el cansancio casi lo vencía, vio entrar a una mujer encorvada a la que no conocía. Llevaba un manto gris y un bastón de madera lisa. Caminó directo hasta Tupaq, dejó a sus pies un pequeño cuenco con tierra y salió sin hablar con nadie.

—¿Quién era? —preguntó Tomás, que la vio pasar.

Ixchel, desde el otro lado de la nave, respondió en voz baja:
—Mi abuela.
—No sabía que viviera aún.
—Casi nadie lo sabe.
Y no añadió más.
Aquella noche Vilcamba no durmió. Pero ya no era la vigilia del miedo. Era la de quienes, por primera vez, sienten que el dolor puede transformarse en palabra, y la palabra, quizá, en justicia.
Sin embargo, en la oscuridad más allá de las casas, la mina seguía allí. Silenciosa. Observando.
Y antes de que llegara el alba siguiente, traería su propia respuesta.

Capítulo VIII
La casa de la empresa

El golpe llegó antes de la luz.
No fue un temblor grande, ni uno de esos estruendos que parten platos o hacen correr a los animales. Fue más sordo, más contenido, como si la montaña hubiera exhalado con rabia desde muy adentro. Los que velaban en la iglesia levantaron la cabeza al mismo tiempo. Las velas vibraron apenas. Una bandada de pájaros nocturnos salió disparada de los árboles cercanos.
—La mina —dijo Aurelio.
Nadie necesitó discutirlo.
A los pocos minutos un muchacho apareció corriendo por la plaza, sin aliento.
—¡Se cayó parte del barracón de archivos! ¡Dicen que hubo fuego!
El cansancio de toda la noche se convirtió en movimiento instantáneo. Anselmo ordenó que las mujeres mayores y los niños se quedaran con los

cuerpos. Salvatierra reunió a los dos guardias y consiguió que otros tres hombres del pueblo tomaran palos y faroles. Esteban ya estaba en la calle cuando Ixchel se le emparejó.

—Van a intentar borrar lo que queda.

—Entonces llegamos antes —dijo él.

Subieron por el camino de la mina en grupo compacto: Esteban, Ixchel, Tomás, Aurelio, Salvatierra, Anselmo y una docena de vecinos que la rabia mantenía despiertos mejor que cualquier descanso. El cielo empezaba apenas a desteñirse por el este. A medio trayecto se cruzaron con dos peones que bajaban corriendo.

—¡El administrador se volvió loco! —gritó uno—. Quería sacar cajas del depósito y se vino abajo una pared.

—¿Murió alguien? —preguntó Anselmo.

—No sabemos. Hay humo.

La explotación de Vilcamba no era una sola boca de mina, sino un conjunto de galerías, cobertizos, establos, depósitos de herramientas y una casa principal de administración levantada con pretensión de orden colonial en medio de aquel paisaje mineral. Cuando llegaron, encontraron el lugar en desorden febril.

Un ala lateral de la casa había sufrido un derrumbe parcial. De una ventana rota salía humo negro. Varios trabajadores corrían con baldes. Un par de mulas, mal atadas, relinchaban enloquecidas. En el patio central, tres hombres discutían a gritos junto a unas cajas volcadas.

Maldonado no estaba; se había quedado en el pueblo. Pero sí estaba el administrador general: don Lisandro Vergara, un hombre corpulento, de barba cuidada y camisa fina bajo un abrigo que no había tenido tiempo de abrocharse del todo. Su autoridad parecía habitual,

pero aquella mañana llevaba la marca inequívoca del miedo: el cabello húmedo de sudor, una ceniza en la mejilla, los ojos demasiado abiertos.
Al ver llegar al grupo del pueblo, endureció el rostro.
—Nadie entra aquí.
—Llegaste tarde para dar órdenes —dijo Esteban.
Vergara lo ignoró y se dirigió a Salvatierra.
—Guardia, saque a esta gente. Esto es propiedad de la compañía.
Salvatierra, que apenas unas horas antes dudaba de su propio deber, ya no retrocedía tan fácil.
—Hay investigación abierta.
—¿Por quién? ¿Por un escribano de aldea y un cura impresionable?
Anselmo no respondió a la provocación. Fue Ixchel quien avanzó un paso y miró las cajas volcadas. Dentro había legajos, libros contables, planos manchados por agua y ceniza.
—Quemaban papeles.
Vergara la miró con una mezcla de desprecio y alarma.
—No permitiré acusaciones de esa clase de una...
No terminó la frase. Tomás levantó el palo que llevaba, no para golpearlo todavía, sino para dejar claro que esa mañana ciertas formas de hablar habían dejado de estar protegidas.
—Termina esa oración y te faltan dientes —dijo.
Hubo un silencio corto y eléctrico.
Entonces una voz surgió desde un lateral.
—Él dio la orden.
Todos se volvieron. Quien hablaba era un joven ingeniero ayudante, de lentes redondos y cara de fiebre, con el brazo izquierdo vendado de urgencia. Estaba sentado en el suelo junto al pozo de agua, atendido por un peón.
Vergara se quedó inmóvil.
—Cállese, Santillán.

Pero el otro ya había cruzado un punto sin retorno.
—Dijo que sacáramos los libros de turnos y los informes de estabilidad. Que el fuego haría lo demás.
Quiso mover también la caja de recibos. La pared cedió cuando intentaban abrir el archivo pequeño.
Esteban dio un paso hacia Vergara. No lo hizo con prisa. Lo hizo con la lentitud peligrosa de quien se contiene.
—¿Cuántos sabían?
El administrador alzó la barbilla, aferrándose a su última defensa: el tono del hombre acostumbrado a mandar.
—Lo ocurrido fue un accidente lamentable agravado por trabajadores incompetentes y por la agitación irresponsable de ustedes.
—¿Y los cuerpos? —preguntó Aurelio.
—El derrumbe impidió el rescate seguro.
—Mentira —dijo Santillán, casi escupiendo la palabra como si le quemara—. Hubo una inspección dos días después. Se oyeron golpes detrás del desprendimiento. Yo estaba ahí.
Nadie se movió.
—¿Vivos? —preguntó Anselmo, y en su voz había un horror desnudo.
El joven ingeniero cerró los ojos un instante.
—No sé cuántos. Pero sí, había golpes. Vergara dijo que abrir era arriesgar la veta nueva. Y que si corría el rumor de un filón más rico, vendrían de la capital a intervenir.
La mañana, que ya era dura, se volvió insoportable. Tomás soltó un gruñido ronco. Aurelio se lanzó hacia Vergara. Entre tres hombres lograron contenerlo antes de que lo derribara. El administrador retrocedió, pálido, sin que su dignidad le sirviera ya de escudo.
—¡No entienden nada! —bramó—. Una mina no se gobierna con sentimentalismos. Si perdíamos esa veta,

caía todo. Salarios, comercio, transporte. El valle vive de esto.
Ixchel lo miró con una quietud devastadora.
—El valle vive. De ustedes viene otra cosa.
Detrás de la casa principal el humo crecía. Esteban se apartó de la confrontación y se acercó a las cajas desparramadas. Entre papeles mojados vio un cuaderno de tapas negras medio chamuscado. Lo recogió. En la portada se leía: *Turnos y novedades - veta oeste*. Pasó páginas con manos sucias. Allí estaban los nombres de los siete. Y al margen de la fecha del derrumbe, una nota breve escrita con letra firme:
Se suspende remoción. Orden superior. No registrar sonidos.
Esteban levantó la vista hacia Vergara.
—Ya no hace falta que hable.
Roldán llegó media hora después, alertado por otro mensajero. Esta vez no venía irritado, sino abiertamente tenso. Encontró un escenario peor del que temía: el administrador cercado por pueblo y peones, archivos a medio quemar, un testigo técnico dispuesto a declarar, un cuaderno comprometedor en manos del herrero.
El teniente entendió que la cuestión lo superaba y, por eso mismo, dejó de fingir control total.
—Nadie toca un papel más —ordenó—. Ni sale una sola mula con carga. Santillán, usted declarará por escrito. Vergara, queda usted retenido hasta nueva instrucción.
—No tiene autoridad —replicó el administrador, pero la frase sonó gastada.
—Hoy parece que sí —dijo Salvatierra.
Fue casi gracioso, si no hubiera sido tan oscuro.
Los peones de la mina, que al principio observaban desde una distancia prudente, empezaron a acercarse.

Uno tras otro. Hombres agotados, con polvo en las pestañas y resignación vieja en la espalda. Al ver el cuaderno, al oír lo de los golpes, al comprender que aquello que siempre sospecharon comenzaba al fin a decirse en voz alta, algunos empezaron también a hablar.

De barrenos reutilizados más de lo debido.

De refuerzos mal puestos para ahorrar hierro.

De jornadas dobles en tramos inestables.

De amenazas de despido.

De pagos a intermediarios para apaciguar viudas.

Cada testimonio ampliaba el tamaño real del crimen. Ya no era un solo derrumbe encubierto: era una forma entera de administrar la vida ajena.

Roldán palidecía a medida que escuchaba. Si era inteligente, pensó Esteban, empezaría a preocuparse no solo por la empresa, sino por la cadena de complicidades que subía mucho más allá de Vilcamba.

—Esto va a llegar lejos —murmuró Tomás.

—Si no lo vuelven a enterrar —dijo Esteban.

Ixchel seguía inmóvil, pero no ausente. Sus ojos recorrían la casa, los corredores, el humo, la entrada de la galería principal. Como si aún buscara algo que los demás no advertían.

—Falta una cosa —dijo de pronto.

Esteban la miró.

—¿Qué?

—El papel de los nombres.

Benigno lo había mencionado. Una hoja quemada. Una lista.

Vergara tensó la mandíbula apenas lo oyó. Fue mínimo. Suficiente.

Ixchel señaló una puerta lateral medio hundida por el derrumbe.

—Ahí.

—No puedes saberlo —dijo Roldán, casi por reflejo racional.
—No —respondió ella—. Pero él sí.
Todos miraron al administrador. Su silencio delató más que una negativa.
La puerta daba a una oficina pequeña anexa al archivo grande. El techo había caído en parte, pero todavía era posible entrar agachándose. Esteban y Santillán apartaron tablas y adobe roto. Dentro olía a papel mojado y yeso quebrado. En un rincón, bajo un armario volcado, encontraron una caja metálica deformada por el calor pero no del todo abierta.
Costó sacarla. Costó más forzarla.
Cuando al fin cedió, aparecieron recibos, correspondencia y un sobre de tela encerada. Dentro, protegida de la humedad, había una lista de trabajadores marcada con tinta roja. Siete nombres estaban tachados. Al pie, una nota:
Compensación informal a familiares no recomendada. Mantener narrativa de fatalidad natural. Intermediario local: B.
No quedaba mucho margen para interpretación.
Roldán pidió el sobre con manos rígidas. El escribano, que había llegado detrás de él jadeando, casi tropezó de prisa para asentarlo todo. Vergara dejó de parecer poderoso. Se volvió, de golpe, un hombre atrapado por su propio método.
—Esto no lo escribí yo —dijo.
—Tal vez no —respondió Anselmo—. Pero obedeciste.
Y esa distinción, en Vilcamba, ya no lo salvaba.
El sol estaba alto cuando bajaron de nuevo al pueblo con Vergara retenido, Santillán como testigo y una mula cargada con cajas de documentos rescatados. La escena tenía una solemnidad extraña: no era victoria, porque los muertos seguían muertos; no era justicia plena, porque lo más alto todavía estaba lejos. Pero sí

era un desplazamiento irreversible. Por primera vez, la montaña devolvía no solo cuerpos, sino pruebas.
En la entrada del pueblo, las campanas comenzaron a sonar otra vez.
Esta vez no por alarma.
Por convocatoria.

Capítulo IX
El juicio de la montaña

Las campanas no dejaron de sonar hasta que toda Vilcamba estuvo en la plaza.
Bajaron los peones tiznados de la mina junto a las viudas vestidas de oscuro. Llegaron arrieros de los caseríos altos, comerciantes del camino real, ancianos que no salían de sus patios desde hacía meses, muchachos que habían aprendido el miedo mirando a los adultos callar. La noticia había corrido más rápido que cualquier bando: había papeles, había nombres, había un hombre de la empresa retenido y otro dispuesto a hablar.
Los siete seguían en la iglesia, velados con las puertas abiertas. Y sin embargo el centro de gravedad del pueblo se había desplazado otra vez, desde los cuerpos hacia la palabra pública. Ya no bastaba llorar a los muertos. Había que decidir qué hacer con la verdad.
Roldán subió a la escalinata con la rigidez de quien comprende que cada frase puede hundirlo o salvarlo un poco. El escribano se colocó a su lado, pálido de cansancio. Salvatierra permaneció junto a Vergara, que tenía el rostro de los hombres acostumbrados a mandar y recién iniciados en la humillación de no ser obedecidos.
—Por disposición de esta tenencia —anunció Roldán —, y en vista de los testimonios recibidos, queda

intervenida de forma provisional la administración local de la mina de Vilcamba hasta que la prefectura provincial disponga lo conducente.
Un murmullo cruzó la plaza.
No era una declaración revolucionaria. Era, de hecho, una fórmula prudente, casi burocrática. Pero en Vilcamba sonó como una fisura abierta en una pared largamente intacta.
—Asimismo —continuó—, se levantarán actas individuales de familiares, trabajadores y personal técnico. Todo documento recuperado quedará bajo resguardo oficial.
—¿Bajo resguardo de quién? —preguntó Tomás, en voz alta—. ¿De ustedes o de ellos?
Roldán lo miró con fastidio contenido.
—De la autoridad.
—La misma que miró hacia otro lado —dijo una mujer desde el fondo.
—La misma que llegó cuando ya desenterramos solos a nuestros muertos —agregó otra.
La plaza empezó a tensarse. No contra Vergara solamente, sino contra esa costumbre de obedecer a hombres que llamaban orden a la demora y prudencia al encubrimiento.
Anselmo levantó una mano pidiendo calma.
—Escuchen primero —dijo—. Después hablaremos todos.
La autoridad del sacerdote ya no era la de antes; no venía del hábito, sino de haberse quedado del lado correcto cuando la verdad dejó de ser cómoda. Por eso lo escucharon.
Roldán asintió con gratitud involuntaria y siguió.
—Hasta que lleguen instrucciones superiores, se prohíbe reanudar labores en la veta nueva y en toda galería que pueda comprometer evidencia.

Aquello sí produjo una conmoción inmediata. Unos celebraron. Otros intercambiaron miradas de inquietud. Porque junto a la justa rabia vivía otra verdad menos noble pero igual de real: el pueblo dependía de la mina. Cerrar significaba proteger pruebas, sí, pero también cortar jornales, fiado, tránsito de mulas, pan futuro.
Vergara percibió esa grieta y trató de usarla.
—Ahí tienen —dijo, con la voz ya menos altiva y más venenosa—. Gritaron justicia y van a conseguir hambre.
—El hambre ya estaba aquí —respondió Doña Jacinta —. Solo que ustedes comían aparte.
Hubo un murmullo espeso de aprobación.
Entonces habló un viejo arriero llamado Melchor, que rara vez intervenía en asuntos públicos y cuya voz cascada por eso mismo tenía peso.
—No somos niños —dijo—. Sabemos lo que cuesta parar la mina. La pregunta es otra: si la abrimos como si nada, ¿qué estamos diciendo? ¿Que con siete muertos y papeles quemados todavía alcanza para bajar la cabeza?
El silencio que siguió fue más serio que cualquier grito. Porque esa era la cuestión verdadera. Ya no se trataba solo de castigar culpables visibles, sino de definir qué clase de pueblo era Vilcamba cuando nadie viniera a mirarlo.
Roldán, que no quería una asamblea moral sino un trámite administrable, intentó reconducir la situación.
—Los asuntos de continuidad laboral se resolverán en su momento.
—No —dijo Esteban desde el pie de la escalinata—. Se resuelven ahora también. No con números exactos, quizá, pero sí con una decisión. Si la mina sigue, no seguirá igual. Si se cierra, no será para que otros desde arriba la reabran en dos semanas y todo vuelva a enterrarse.

Muchos volvieron a mirarlo como la noche anterior: ya no solo como al herrero, sino como a alguien en quien la rabia había encontrado forma.
Esteban no buscó el centro; lo ocupó porque nadie más estaba diciendo lo necesario.
—Hay que mandar copias de los documentos —prosiguió—. No una sola. Varias. A la prefectura, sí. También al juzgado provincial. También a la prensa de la capital si hace falta. Y los peones deben declarar por nombre, no como rumor.
El escribano alzó la cabeza, inquieto.
—Eso requiere sellos, conductos...
—Requiere que no se robe otra vez la verdad —lo cortó Ixchel.
Su voz no fue fuerte, pero alcanzó toda la plaza.
—Una sola caja se pierde. Un solo mensajero desaparece. Un solo incendio más. Ya sabemos cómo se borra la memoria cuando otros la guardan por nosotros.
Roldán iba a responder, pero se contuvo. Incluso él entendía ya que discutir con ella delante de todos equivalía a discutir con la evidencia misma.
Santillán, el joven ingeniero, pidió entonces hablar. Lo ayudaron a subir los escalones. Seguía pálido, con fiebre en los ojos y el vendaje manchado, pero había en él algo nuevo: la temeridad de quien ha traicionado el miedo principal y por eso deja de temer a los secundarios.
—Yo firmé informes que no debí firmar —dijo, sin rodeos—. A veces por obediencia. A veces por cobardía. La veta nueva tenía fallas de agua y presión lateral. Se pidió más apuntalamiento. Se negó. Después del derrumbe hubo discusión sobre rescate. Algunos insistimos. No bastó.
Nadie respiró hondo; nadie se persignó. La plaza entera parecía haberse quedado quieta por dentro.

—¿Quiénes insistieron? —preguntó Roldán de inmediato, aferrándose a lo utilizable.
Santillán dio nombres. Dos capataces. Un barrenista mayor. Un topógrafo que ya no estaba en Vilcamba. Un administrador interino que había subido luego a la capital. Cada nombre ampliaba la red. Cada nombre alejaba más la posibilidad de que todo terminara con un solo culpable conveniente.
Vergara soltó una risa corta, rota.
—Ahora todos se harán los inocentes.
—No —dijo Anselmo—. Eso hacían antes.
La plaza se dividía ya no en acusadores y acusados, sino entre quienes podían seguir viviendo si nada cambiaba y quienes habían llegado demasiado lejos para aceptar ese regreso. Esa tensión se hizo visible cuando habló Basilio, dueño de la tienda grande.
—Y mientras ustedes arman justicia —dijo—, ¿quién paga el maíz? ¿Quién cubre el aceite? ¿Quién responde por los peones si la mina no trabaja un mes?
Nadie lo abucheó. La pregunta era áspera, pero legítima.
Tomás iba a replicar con furia cuando Aurelio se adelantó.
—Respondemos nosotros —dijo.
Varias cabezas giraron hacia él.
—Como se ha hecho siempre cuando el cerro aprieta y no alcanza. Se aparta grano, se comparte mula, se fía sin interés, se trabaja donde haga falta. Lo que no podemos hacer es vender otra vez a nuestros muertos por miedo a una semana mala.
—No será una semana —gruñó Basilio.
—Entonces serán meses —respondió Aurelio—. Y aun así.
Aquello empezó a mover algo más hondo que la indignación: la vieja memoria comunal que la empresa había ido desplazando con salarios, vales y

dependencia. Mujeres del mercado asintieron entre sí. Un panadero dijo que horniaría para las familias de los siete. Un chacarero ofreció papas y habas. Un curtidor prometió cuero para quien necesitara reparar aperos y salir a comerciar lejos mientras la mina estuviera parada. No resolvía todo. Pero convertía el miedo en tarea compartida.

Ixchel observó esa corriente con una gravedad casi triste, como si supiera que toda recuperación verdadera duele antes de sostener.

Entonces Benigno apareció al borde de la plaza. Nadie lo había visto salir de la casa donde lo custodiaban. Caminaba como si cada paso le costara permiso. La gente se apartó apenas lo necesario. No hubo compasión súbita ni perdón fácil. Solo expectación.

Subió un escalón, luego otro, y se volvió hacia el pueblo sin atreverse a mirar a los familiares de frente.

—Quiero decir algo más —murmuró.

—Habla alto —ordenó Roldán.

Benigno obedeció con una voz quebrada que sin embargo alcanzó para todos.

—La “B” de ese papel... soy yo. Ya lo saben. Pero no fui solo mensajero. Fui también quien señaló a quién convenía pagar y a quién no. A quién asustar con pecado. A quién dejar sin vela. Creí que si ayudaba a la empresa me salvaría del desprecio de ustedes. Y conseguí el desprecio de todos, incluido el mío.

No levantó la cabeza.

—Hay otra cosa. Se hizo un pozo falso. Para enseñar a las familias dónde supuestamente habían quedado algunos. Para que dejaran de buscar cerca de la veta nueva.

Una mujer soltó un gemido seco, como de animal herido. Era la madre de Eusebio Chura, uno de los

siete. Se cubrió la boca con el rebozo y no lloró; el dolor ya estaba del otro lado del llanto.
Esteban sintió que las manos se le cerraban solas. No hacia Benigno, curiosamente, sino hacia ese mecanismo entero de humillación calculada.
Roldán hizo que el escribano asentara cada palabra. Luego pidió silencio.
—Con lo reunido hasta ahora —dijo—, procederé a elevar causa formal por ocultamiento de muertes, destrucción de evidencia, falsedad en informes y posible abandono doloso.
La palabra *doloso* sonó extraña en la plaza, pero su peso se entendió sin necesidad de explicarla.
—Y mientras tanto —añadió—, el administrador Vergara y Benigno Quispe quedarán bajo custodia.
Vergara dio un paso como si fuera a protestar, pero se encontró con el palo de Salvatierra cruzándole el camino y con docenas de ojos que ya no lo reconocían como hombre superior sino como peligro retenido.
Lo inesperado vino de Anselmo.
—No basta con encerrarlos —dijo.
Roldán giró con visible irritación.
—Padre, no dicte procedimientos.
—No dicto. Recuerdo. Si todo esto sube a la provincia y se queda allá, Vilcamba habrá vuelto a entregar su dolor para que otros lo administren. Aquí hubo crimen. Aquí debe oírse su nombre. Aquí debe saberse quién hizo qué.
—¿Propone qué exactamente?
Anselmo miró los cuerpos velados en la iglesia, luego a los vivos reunidos, luego a la montaña que asomaba detrás de los techos.
—Propongo memoria pública. Que cada testimonio se lea mañana frente al pueblo antes de enviar las copias. Que no haya otra vez secretos con sello.

Fue una idea sencilla y radical. No reemplazaba a la ley, pero impedía que la ley volviera a oscurecer lo sabido por todos.

Roldán dudó. El escribano parecía a punto de desmayarse de puro trabajo acumulado. Vergara apretaba los dientes. Ixchel, en cambio, solo esperaba.

—Se hará —dijo al fin el teniente.

Y con esas dos palabras, más por cálculo que por virtud, terminó de ceder una parte del poder que nunca recuperaría del todo.

La lectura de testimonios ocurrió al día siguiente, bajo un cielo limpio y despiadado.

Se leyó la declaración de Santillán.

Se leyó la de los peones.

Se leyó la de las viudas.

Se leyó la nota del cuaderno negro.

Se leyó la lista de los siete tachados en rojo.

Se leyó, con voz vacilante del escribano, la frase que heló a todos por segunda vez: *No registrar sonidos*.

Cada lectura era un golpe distinto. Unas revelaban la codicia. Otras, la cobardía. Otras, esa forma peor de violencia que se ejerce con tinta, trámites y frases impersonales.

Cuando llegó el turno de los familiares, la plaza dejó de ser tribunal y volvió a ser herida.

Doña Jacinta habló de las botas de su hijo, reconocidas por una costura.

La viuda de Mariano Llerena dijo que durante meses soñó con golpes detrás de una pared y que había pedido una misa por un hombre al que todavía le decían desaparecido.

Un niño, demasiado pequeño para entender del todo, preguntó en voz alta por qué a su padre le habían negado el aire.

Nadie respondió. Algunas preguntas no nacen para ser contestadas, sino para perseguir a quienes deberían haberlas impedido.

Al mediodía, cuando el sol caía de frente sobre la plaza, Roldán hizo traer a Vergara.

—Escuchó los cargos. Escuchó a los testigos. Tiene derecho a responder.

El administrador levantó la vista. Por primera vez no parecía ni soberbio ni furioso. Parecía desnudo de lenguaje.

—Hice lo que creí necesario para sostener la operación —dijo.

La plaza permaneció inmóvil.

—No pretendía esto.

—Lo pretendiste bastante —dijo Esteban.

Vergara tragó saliva.

—Si abríamos la veta, podía perderse la concesión. Ustedes no entienden cómo funciona el mundo fuera de este valle.

—Y usted no entendió nunca cómo funciona dentro —respondió Anselmo.

No hubo más defensa que valiera. Porque en cierto punto la culpa deja de discutirse en tecnicismos y se reconoce en la cara de quienes pagaron su precio.

Esa misma tarde salieron tres mensajeros por caminos distintos con copias de actas, firmas y documentos. Uno hacia la prefectura. Otro hacia el juzgado provincial. Otro, por insistencia de Esteban y sorpresa de Roldán, hacia una imprenta de la capital donde trabajaba el primo lejano de Basilio. Era una jugada precaria, casi artesanal, pero inteligente: hacer circular la verdad para volver costoso su entierro.

Al caer la noche, cuando la plaza por fin empezaba a vaciarse, Ixchel se acercó a Esteban junto al brocal de la fuente.

—Eso no termina aquí —dijo él.

—No.
—Ni siquiera empieza del todo aquí.
Ixchel tocó con los dedos el borde de la piedra húmeda.
—Las cosas viejas no caen de una vez. Se agrietan, crujen, se defienden. A veces matan antes de caer.
Esteban miró hacia la montaña.
—¿Y si vuelve a cobrar?
—Ya cobra —respondió ella—. La pregunta es si esta vez la oiremos antes.
Él quiso decir algo más, pero en ese momento un jinete apareció en el camino alto, cubierto de polvo, con el caballo reventado de cansancio. Traía una chaqueta oscura de la capital y el gesto tenso de quien no trae buenas nuevas.
Pidió a Roldán.
Le entregó un pliego sellado.
El teniente lo leyó a la luz de un farol y su semblante cambió con rapidez visible: sorpresa, cautela, irritación, miedo.
—¿Qué dice? —preguntó Tomás.
Roldán dobló el papel con manos lentas.
—Que viene un juez especial. Y que la compañía no niega irregularidades menores, pero denuncia sedición, ocupación ilegal de bienes y coacción sobre personal administrativo.
Hubo un estallido de voces.
—Ya empezaron.
—Van a voltearlo.
—Van a culparnos.
Roldán alzó la voz.
—Llega mañana.
La noche se cerró sobre esa noticia como una tapa.
Vilcamba había hablado, sí. Pero ahora otros hablarían con leyes más altas, mejores sellos y formas más elegantes de mentir.

Y la montaña, detrás de todos, seguía esperando.

Capítulo X
Lo que queda en pie

El juez llegó con cuatro soldados, dos mulas de carga y una pulcritud que resultaba casi ofensiva en medio del polvo de Vilcamba.

Se llamaba Sebastián Urrutia. No era viejo, pero llevaba ya esa expresión seca de los hombres que han aprendido a convertir la distancia en autoridad. Traía botas limpias, cuello alto abotonado pese al calor y una manera económica de mirar, como si cada gesto ajeno debiera justificar su existencia antes de merecer atención. Junto a él venía un secretario de provincia y, unos pasos detrás, un abogado de la compañía que nadie del pueblo conocía.

La plaza, al verlo entrar, no se agitó. Se cerró.

Los muertos seguían en la iglesia, a la espera del entierro definitivo que las diligencias habían retrasado. Las campanas guardaban silencio. Los vecinos observaban desde portales y esquinas. El juicio verdadero, entendieron todos, ya no era solo el de los culpables. Era el de la resistencia misma de la verdad cuando por fin llegaba alguien con poder suficiente para volverla versión.

Urrutia pidió revisar de inmediato las actas y los documentos. No saludó a las familias. No miró primero los féretros. Miró los papeles.

Ixchel lo notó antes que nadie y le dijo en voz baja a Esteban:

—Ese hombre escucha con los ojos.

—Peor —respondió él—. Decide con ellos.

La inspección duró horas. El juez leyó, preguntó, comparó firmas, pidió fechas exactas, exigió precisiones técnicas a Santillán, interrogó a Roldán con

una frialdad que redujo al teniente a su tamaño real. Tomó aparte al abogado de la compañía. Habló con Vergara. Volvió a los cuadernos. Releyó la nota. Observó los tachones rojos. Nada en su cara revelaba hacia dónde inclinaba la balanza.

A mediodía hizo llamar a los principales testigos a la plaza.

—Procederé a oír a quienes resulten centrales para la causa —dijo—. Los demás quedarán a disposición para ratificación posterior.

—Aquí no —soltó Tomás al instante—. Aquí se oye todo.

Un soldado dio un paso amenazante, pero Urrutia levantó dos dedos y lo detuvo sin mirar.

—Aquí mando yo.

La frase cayó pesada y limpia.

Muchos bajaron la vista por reflejo antiguo. Otros no. Entre esos otros estaban Esteban, Ixchel y Anselmo.

—Mande lo que quiera en el expediente —dijo el sacerdote—. En el dolor no manda usted.

No era desafío teatral. Era una línea trazada.

Urrutia lo estudió unos segundos.

—Entonces hagamos ambas cosas sin confundirlas.

Pidió que los interrogatorios fueran públicos, pero con orden y sin interrupciones. La concesión no nació de simpatía, sino de inteligencia: entendió que a puertas cerradas el pueblo podía encenderse de un modo menos gobernable.

Interrogó primero a Santillán.

El joven ingeniero sostuvo su versión con precisión creciente a medida que avanzaba. Habló de informes alterados, de refuerzos negados, de presión por no detener la explotación. Cuando llegó al punto de los golpes oídos tras el derrumbe, la plaza entera pareció endurecerse de nuevo.

—¿Está usted seguro de lo que oyó? —preguntó Urrutia.
—Sí.
—¿Puede afirmar bajo juramento que eran golpes humanos y no acomodo de roca?
Santillán tragó saliva.
—Puedo afirmar que todos los presentes supimos lo que era y fingimos discutirlo como si hubiera duda.
Urrutia no cambió de expresión, pero el secretario dejó de escribir un instante antes de reanudar.
Luego fue el turno de Benigno.
Más de uno esperaba que se quebrara. No ocurrió. El hombre seguía deshecho, pero el deshecho también puede adquirir una forma estable. Confesó pagos, rumores, listas, visitas nocturnas, instrucciones verbales. Reconoció su letra en dos anotaciones menores y negó la autoría de la lista principal, aunque admitió conocerla.
—¿Quién le daba órdenes directas? —preguntó el juez.
Benigno miró a Vergara, después al suelo.
—A veces él. A veces Maldonado. A veces hombres venidos de más arriba cuyos nombres no me decían.
—Conveniente vaguedad.
—Conveniente era callar. Ya no estoy en eso.
Por primera vez una sombra parecida al respeto cruzó algunos rostros del pueblo. No absolución. Otra cosa más difícil: el reconocimiento de que un culpable puede decir una verdad decisiva.
Maldonado, traído también desde el pueblo bajo custodia discreta, intentó resistir mejor. Habló de protocolos, confusiones, malentendidos, exageraciones de trabajadores resentidos. Pero el cuaderno negro y la lista roja volvían inútiles sus rodeos. Urrutia lo fue encerrando con preguntas secas hasta que el capataz cayó en contradicción sobre fechas y accesos sellados.

—Basta —dijo al fin el juez—. Su versión ha quedado suficientemente ilustrada.
La frase sonó a desdén.
Cuando llamaron a Ixchel, la plaza respiró distinto.
Ella subió sin prisa. Llevaba el mismo rebozo oscuro, el mismo cansancio contenido de las últimas jornadas.
Urrutia la observó con interés difícil de leer.
—Se afirma que usted indicó el lugar exacto donde aparecieron los cuerpos.
—Sí.
—¿Por conocimiento previo de las galerías?
—No.
—¿Entonces?
Hubo un silencio amplio, de esos en que hasta los animales parecen decidir no interrumpir.
—Porque mi hermano me llamó —dijo.
El abogado de la compañía dejó escapar una exhalación burlona. El juez alzó apenas la mano y el hombre se contuvo.
—Explique eso de forma que pueda constar —pidió Urrutia.
Ixchel lo miró de frente.
—No puedo volverlo aceptable para su papel. Solo puedo decirlo como fue. Soñé con agua cayendo dentro de piedra hueca. Vi una veta brillante, una grieta y una viga torcida. Oí su voz. Fui al sitio. Ahí estaban.
El secretario dudó antes de escribir. Urrutia no pareció escandalizado ni convencido. Solo atento.
—¿Ya había entrado usted antes a esa zona?
—No.
—¿Alguien pudo haberle indicado el lugar?
—No.
—¿Pretende entonces que funde parte de esta causa en una visión?

Anselmo se movió como si fuera a intervenir, pero Esteban apoyó una mano en su brazo. Ixchel respondió sola.
—No. Pretendo que la causa se funde en los cuerpos, los papeles y la mentira. Mi sueño no condena a nadie. Solo abrió una puerta que otros habían cerrado.
Eso cambió algo en el aire.
Urrutia asintió casi imperceptiblemente. No validaba su explicación; reconocía su inteligencia. Había logrado poner en palabras algo que desarmaba el recurso fácil del desprecio.
—Queda asentado así —dijo.
Cuando llamaron a Esteban, el herrero sintió un cansancio viejo subirle por la espalda, como si todo lo vivido hasta entonces hubiera sido preparación para aquel banco de testigo improvisado.
Habló de la noche en la galería. De la viga forzada. De la cámara sellada. Del cuaderno hallado entre las cajas. De la nota. Del estado de los cuerpos. No adornó nada. No necesitaba hacerlo.
—Usted ha encabezado varios de los movimientos del pueblo estos días —observó Urrutia—. ¿No teme que su testimonio esté afectado por animadversión contra la empresa?
Esteban sostuvo la mirada.
—La animadversión vino después de encontrar a los muertos donde nos dijeron que no estaban.
—No responde mi pregunta.
—Sí la respondo. Si yo odiara a la empresa sin pruebas, seguirían siendo ideas mías. Pero hay siete cuerpos, un archivo quemado y hombres que oyeron golpes.
La plaza entera quedó suspendida en esa frase.
Urrutia cerró la carpeta.
—Suficiente por ahora.

El interrogatorio siguió hasta que la luz empezó a descender. Al terminar, el juez pidió retirarse una hora con el secretario para revisar todo a solas en la antigua sala del cabildo. El pueblo esperó afuera como se espera una tormenta o una sentencia médica: sin poder hacer nada útil salvo sostenerse mutuamente.

Basilio repartió agua. Las mujeres sacaron panes duros y queso. Alguien acercó una manta a Santillán. Doña Jacinta permaneció sentada frente a la iglesia, inmóvil, como si todo el proceso legal fuera apenas una niebla más alrededor de una verdad que ella ya no necesitaba demostrar.

Esteban encontró a Ixchel junto al muro lateral, mirando la sombra de la montaña alargarse sobre los techos.

—¿Qué crees que hará? —preguntó.

—Lo que pueda cargar sin hundirse con ello.

—Eso puede significar cualquier cosa.

—Exacto.

Él se pasó una mano por la cara.

—Si suelta a Vergara, esto estalla.

—Si lo retiene, también. Solo que más arriba.

A veces Ixchel hablaba como si oyera capas superpuestas del mismo acontecimiento. No era misterio por gusto; era una manera distinta de medir las consecuencias.

Cuando el juez regresó, ya anochecía.

Subió a la escalinata. La plaza se apretó sola. Incluso los niños guardaron silencio.

Urrutia no alargó el momento.

—Con base en los testimonios, documentos y evidencias materiales recabadas, dispongo lo siguiente: primero, la detención formal de Lisandro Vergara y de Francisco Maldonado por su probable responsabilidad en ocultamiento de muertes, alteración

de registros, destrucción de documentos y abandono doloso de trabajadores tras siniestro minero.
Un murmullo hondo recorrió el pueblo. No era júbilo puro; era algo más cercano al alivio que por fin se permite existir.
—Segundo: Benigno Quispe quedará igualmente detenido, aunque su cooperación será consignada para valoración posterior.
Benigno cerró los ojos como quien recibe una piedra esperada.
—Tercero: la explotación de la veta nueva queda clausurada hasta nueva orden judicial. La administración local de la empresa será intervenida y sus libros mayores, incautados.
Esta vez sí estallaron voces, pero Urrutia levantó la suya por encima.
—Cuarto: elevo recomendación expresa de investigación sobre funcionarios, intermediarios y superiores no presentes cuyos nombres surgen en las actuaciones.
Aquello era lo más importante y, quizá, lo más frágil. Porque una recomendación podía subir y desvanecerse. Pero ya estaba dicha en público. Ya no pertenecía solo al expediente.
El abogado de la compañía protestó de inmediato.
—Esto es un exceso, señor juez. Carece de competencia para afectar concesiones en esos términos.
—Apélelo donde corresponda —dijo Urrutia, sin mirarlo siquiera.
Luego añadió algo que nadie esperaba:
—Quinto: autorizo el entierro de los siete con reconocimiento oficial de fallecidos en el derrumbe de la veta oeste, sin perjuicio de la ampliación posterior de cargos por la demora ilícita en su rescate y entrega.

Doña Jacinta se echó a llorar entonces. No por la fórmula judicial, sino por esa palabra simple: *entierro*. Después de meses de ausencia administrada, sus muertos volvían por fin a pertenecerles.

Pero el juez no había terminado.

—Y sexto —dijo, bajando un poco la voz—: ordeno que una copia íntegra de lo actuado quede depositada en la parroquia de Vilcamba y otra en el archivo comunal, bajo firma de testigos, para evitar pérdida o sustitución.

La plaza quedó inmóvil un segundo más. Luego comprendió.

Urrutia acababa de blindar la memoria en dos lugares fuera del alcance exclusivo de la empresa y de la burocracia. Era, quizá, la decisión más valiente de toda la jornada.

Anselmo inclinó apenas la cabeza. No en sumisión, sino en reconocimiento.

—Gracias —dijo.

El juez no respondió. Tal vez no quería ser visto aceptando gratitud. Tal vez sabía que aún faltaba demasiado para merecerla.

El entierro tuvo lugar a la mañana siguiente.

Los siete féretros, ya decentes aunque modestos, salieron de la iglesia entre velas, flores silvestres, cruces de madera y hojas de coca. La procesión avanzó despacio por la calle principal y tomó luego el sendero hacia el pequeño camposanto del alto.

Anselmo rezó en castellano y en quechua. Una anciana volvió a cantar la melodía antigua de la noche del velorio. Nadie discutió ritos. Nadie pidió purezas. Por fin el pueblo entendía que honrar no exige uniformidad.

Esteban cargó uno de los féretros junto a Tomás y Aurelio. El peso físico le resultó menos duro que el otro: el de imaginar aquellos golpes en la roca, aquella orden escrita para no registrarlos, aquellas horas robadas entre piedra y codicia.

Ixchel caminó cerca de Tupaq todo el trayecto.
Cuando llegaron al cementerio, el viento corrió entre los ichus altos y levantó un olor limpio de tierra seca.
Uno a uno, los nombres fueron dichos en voz alta. Uno a uno, dejaron de ser rumor, número, accidente, inconveniente administrativo. Volvían al mundo de los nombrados.
Al terminar, la gente no se dispersó enseguida.
Se quedaron. Mirando las tumbas nuevas. Midiendo en silencio la forma exacta de lo perdido y de lo ganado.
Porque algo se había ganado, aunque resultara indecente decirlo frente a la muerte: se había roto el hechizo del miedo obediente.
Más tarde, de regreso al pueblo, empezó la tarea menos visible y más larga.
Hubo que organizar comida para familias sin jornal.
Hubo que inventariar herramientas.
Hubo que decidir qué galerías podían revisarse con seguridad y cuáles debían sellarse para siempre.
Hubo que nombrar a vecinos capaces de custodiar copias, cajas, llaves y declaraciones.
Hubo que pensar en un Vilcamba no fundado por completo en la voluntad de la empresa.
Basilio, el más escéptico del día anterior, abrió fiado sin interés a las casas de los siete. Melchor organizó viajes con mulas para sacar tejidos y cuero a otros pueblos.
Salvatierra, con una gravedad nueva, supervisó el resguardo de documentos como si al fin hubiera encontrado un deber proporcional a su uniforme.
Roldán recibió órdenes contradictorias desde arriba durante dos días seguidos. Un mensaje pedía prudencia. Otro, rapidez. Otro, limitar el alcance del escándalo. Él empezó a comprender que su supervivencia política dependía de algo inusual: no traicionar del todo a Vilcamba ni enfrentarse del todo a

la cadena que venía de más arriba. Era una cuerda floja miserable, pero al menos ahora todos podían verla.
En cuanto a Urrutia, partió al tercer día con los detenidos, el secretario y las cajas principales. Antes de irse habló brevemente con Esteban en un aparte.
—Lo que sigue será lento —dijo.
—Lo sé.
—Y no limpio.
—También lo sé.
El juez miró hacia la plaza, donde las mujeres barrían cera seca de las baldosas.
—Guarden sus copias como si fueran agua.
—Lo haremos.
Urrutia montó y se fue sin añadir nada. Quizá era lo máximo de honestidad que podía permitirse.
La tarde quedó extrañamente quieta después de la partida.
Por primera vez en varios días no había urgencia inmediata. Solo cansancio, trámites, conversación baja, la sensación rara de que el mundo seguía pese a todo.
Esteban caminó hasta la herrería cerrada. Empujó la puerta. Dentro lo recibió el olor conocido del metal, la ceniza y el aceite viejo.
Todo estaba donde lo había dejado, y sin embargo nada permanecía igual.
El yunque seguía junto al muro. Las tenazas colgaban del clavo torcido. En la batea dormía una capa de agua negra con escamas de herrumbre flotando como hojas muertas. Sobre la mesa, medio cubierto por polvo fino, estaba el aro de una rueda que había prometido ajustar antes de que el derrumbe partiera los días en dos mitades irreconciliables: antes y después.
Esteban cruzó el taller despacio, como si entrara en la casa de un enfermo que hubiera sobrevivido a su fiebre pero no fuese aún el mismo hombre. Apoyó la palma sobre el yunque frío. Cerró los ojos.

No oyó golpes bajo la piedra.
No oyó campanas.
No oyó la voz de nadie llamándolo.
Oyó, por primera vez en muchas jornadas, su propia respiración ocupando el lugar entero.
Afuera, Vilcamba seguía moviéndose en voz baja. Un perro ladró dos veces. Pasó una carreta ligera. Desde alguna cocina llegó olor a cebolla sofrita y leña verde. Era la vida pequeña, obstinada, que vuelve incluso cuando parecería indecente.
Se sentó en el banco de trabajo y se quedó un largo rato mirando sus manos.
Tenían costras nuevas, heridas a medio cerrar, la negrura incrustada de la fragua y una fatiga que no venía solo del esfuerzo. Habían servido para forzar una viga, apartar piedras, cargar muertos, sostener papeles, señalar culpables. Pero no sabían todavía hacer lo más difícil: volver a lo ordinario sin traicionar lo vivido.
La puerta se abrió apenas y apareció Tomás.
—Pensé que te iba a encontrar aquí.
Esteban alzó la vista.
—Yo también.
Tomás entró sin pedir permiso, como hacen los amigos cuando el permiso sería una forma de distancia. Llevaba el sombrero en la mano y ojeras de varios días mal dormidos.
—Melchor dice que mañana sale con dos mulas hacia San Jerónimo —dijo—. Va a llevar cueros, dos fardos de tejidos y herramientas viejas para vender hierro por peso. Pregunta si puedes revisar una herradura floja antes del alba.
Esteban soltó una media sonrisa.
—Eso sí sé hacerlo.
Tomás asintió, pero no devolvió la sonrisa del todo.
—También preguntaron si abrirás otra vez.

La pregunta quedó entre ambos con un peso raro, como si hablara de la herrería y de muchas otras cosas.
—No hoy —dijo Esteban.
—Nadie espera que sea hoy.
—Ni mañana, quizá.
Tomás dejó el sombrero sobre la mesa.
—La gente no necesita que vuelvas a ser el de antes.
Esteban apoyó los codos en las rodillas.
—No existe.
—Mejor.
Hubo un silencio cómodo, trabajado en años de pocas palabras y lealtades firmes.
—¿Sabes qué me da rabia? —dijo Tomás al cabo—. Que una parte de mí cree que ahora van a venir más hombres finos, más papeles, más maneras de ensuciar lo que vimos. Y otra parte... otra parte piensa que ya ganamos algo que no podrán desganar.
—Las dos partes tienen razón.
—Eso es lo molesto de crecer —murmuró Tomás.
Esteban soltó una risa breve, la primera verdadera en días. Sonó áspera, pero viva.
Cuando Tomás se fue, la tarde había empezado a inclinarse. Esteban avivó el hogar casi por reflejo. La yesca prendió con desgano primero, luego con decisión. El fuego pequeño fue tomando cuerpo hasta pintar de naranja los bordes del hierro disperso. Aquel resplandor mínimo no era épico. No curaba nada. Pero afirmaba una continuidad.
Trabajó una hora en silencio, enderezando una abrazadera, limpiando una lima, revisando clavos. Cada gesto le devolvía el idioma manual de las cosas reparables. Afuera, el pueblo hacía lo mismo consigo mismo.
Al anochecer llegó Ixchel.

No golpeó. Se detuvo en el umbral, entre la sombra de fuera y la lumbre de dentro, como si perteneciera un poco a ambas.
—Ya huele a taller otra vez —dijo.
—Nunca dejó de oler.
—Tú sí habías dejado de quedarte quieto para notarlo.
Esteban dejó la pieza que sostenía y se volvió hacia ella. El cansancio afinaba su rostro, pero también lo despejaba. Había en Ixchel algo menos tenso que en los días anteriores, aunque no más liviano. Como si hubiera aceptado que ciertas vigilias no terminan: apenas cambian de forma.
—Pensé que estarías con Anselmo o con las familias —dijo él.
—Estuve. Ahora estoy aquí.
Dicho así, sin adornos, pareció suficiente.
Ixchel avanzó hasta la mesa. Sobre la madera había virutas, un martillo corto, un cabo astillado y una tira de cuero endurecido. Lo tocó todo con la yema de los dedos, como reconociendo un paisaje al que por fin se puede volver sin premura.
—Tupaq duerme —dijo—. Por primera vez en varias noches no se despertó llorando.
—Eso es bueno.
—Sí.
Pero la palabra no sonó alegre. Sonó reverente, como si hubiera cosas tan frágiles que solo admitieran ser nombradas en voz baja.
Esteban la miró un momento antes de hablar.
—Cuando dijiste que las cosas viejas se agrietan antes de caer... sigo pensando en eso.
Ixchel levantó la vista.
—Porque aún oyes el crujido.
—Porque no sé qué viene después de que caen.
Ella tardó en responder.

—No viene algo puro. Viene trabajo. Viene disputa. Vienen recuerdos que regresan donde uno menos los llama. Viene gente queriendo mandar de nuevo, pero con otro lenguaje. Viene cansancio. Vienen días en que uno dudará si cambió algo.
—Eso no anima mucho.
—No estaba tratando de animarte.
Esteban sonrió apenas.
—Ya lo noté.
Entonces ella dio un paso más, acercándose al calor de la fragua.
—También viene otra cosa —añadió—. La costumbre nueva. Si la cuidan.
El fuego hizo un ruido seco al asentarse una brasa. Afuera empezó a soplar un viento fino que bajaba del cerro.
—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Te quedas?
Ixchel apoyó ambas manos en el borde de la mesa, como si la respuesta necesitara cuerpo antes que palabras.
—Mi hermano está en esta tierra. Mi madre también, aunque más hondo y desde hace más tiempo. Tupaq empieza a tener aquí una historia que no solo le duele. Anselmo me pidió ayudar con las copias y con la gente que no sabe poner en papel lo que sí sabe decir. Y hay algo más.
Esteban esperó.
—La montaña no ha terminado de hablar.
No lo dijo con fervor ni amenaza. Lo dijo casi con cansancio.
—¿Crees que queda algo oculto? —preguntó él.
—Siempre queda algo oculto. La pregunta es si eso que queda quiere seguir enterrado o si ya empezó a empujar desde abajo.
Esteban miró el hierro al rojo que olvidaba sobre la parrilla y lo retiró con las tenazas.

—Empiezo a odiar cuando hablas como si el mundo tuviera voluntad propia.
—La tiene. A veces coincide con la nuestra. Casi nunca del todo.
No discutió. Había visto demasiado para refugiarse otra vez en certezas sencillas.
Trabajaron un rato sin hablar. Ixchel le ayudó a sostener una pieza mientras él remachaba. Después enrolló alambres, ordenó clavos por tamaño y apartó herramientas rotas en una caja. La intimidad de aquellas tareas pequeñas resultó más honda que muchas confesiones. Afuera, la noche terminó de caer sobre Vilcamba con una serenidad provisional.
Más tarde, las campanas tocaron una sola vez.
No era alarma. No era duelo. Era el aviso acordado para convocar al día siguiente a quienes integrarían la custodia comunal de papeles, llaves y depósitos. Una campanada distinta para una obligación distinta.
Ixchel la escuchó y dijo:
—Eso es nuevo.
—Una campana que llama a guardar memoria.
—Y no a esconderla.
Se miraron apenas. No hacía falta celebrar en voz alta aquello.
Cuando ella se marchó, Esteban cerró la herrería mucho después de lo habitual. Caminó hasta su casa por calles donde aún quedaban restos de cera, huellas de mulas y murmullos tras las ventanas. Vio a Basilio anotando deudas en un cuaderno nuevo. Vio a Salvatierra fumando en la esquina del cabildo con el fusil apoyado en la pared y menos soberbia en la espalda. Vio a Doña Jacinta sentada junto a una vecina, sin llorar ya, dejando que el silencio la acompañara sin vencerla.
En la plaza, bajo la fuente, Anselmo hablaba con tres jóvenes sobre el archivo comunal. No parecía

sacerdote en ese instante, sino albañil de algo invisible.
Esteban siguió de largo con la extraña certeza de que un pueblo también se reconstruye así: no en los grandes juramentos, sino en personas concretas ocupándose de tareas concretas porque ya entendieron lo que cuesta no hacerlo.
Los días siguientes confirmaron la dificultad de todo.
Llegaron rumores desde la capital.
Que la compañía apelaría.
Que un diputado hablaba de exageración popular.
Que algunos nombres importantes estaban siendo borrados antes de entrar en el expediente mayor.
Que Urrutia había hecho enemigos.
Que quizá lo apartarían.
Pero también llegaron otras noticias.
La imprenta había publicado una hoja breve con los hechos principales.
Un periódico provincial recogió la versión.
Dos pueblos vecinos enviaron maíz y sal.
Un antiguo barretero volvió para declarar por voluntad propia.
Una viuda presentó una carta que su marido había escondido dentro del forro de una chaqueta.
Cada noticia era una piedra más en un muro levantado deprisa contra el olvido.
Vilcamba aprendió pronto que la victoria no se parece al descanso. Se parece más a una guardia larga. Hubo discusiones sobre reparto de comida, recelos por las llaves de los almacenes, sospechas viejas reavivadas por la escasez. No todos se volvieron mejores de pronto. Algunos quisieron aprovechar el vacío de la empresa para mandar ellos. Otros se cansaron de las asambleas y empezaron a pedir normalidad con una nostalgia peligrosa. La costumbre antigua, como había dicho Ixchel, se defendía.
Pero ahora encontraba resistencia.

Cuando un comerciante propuso reabrir a escondidas una galería menor para “ir adelantando”, fueron las propias viudas quienes se plantaron primero. Cuando alguien sugirió que Benigno merecía linchamiento si regresaba alguna vez, Anselmo y Doña Jacinta dijeron no casi al mismo tiempo, y ese no tuvo más fuerza que cualquier grito. Cuando Roldán intentó reservar para sí una copia adicional de ciertos documentos, Salvatierra le recordó delante de testigos la orden del juez. El teniente no insistió.

Esteban reabrió la herrería al quinto día.

No hubo anuncio. Simplemente levantó la tranca al amanecer y encendió la fragua. Llegó Melchor con la herradura pendiente. Luego una mujer con una olla rota. Después un muchacho con un eje torcido. El trabajo volvió de a poco, no como señal de olvido sino de persistencia. Cada arreglo era una forma menor de afirmar que el pueblo seguía eligiendo estar en pie.

Una mañana, mientras templaba un cincel, apareció Tupaq en la puerta.

El niño no entró enseguida. Miró el fuego con esa mezcla de temor y fascinación que despiertan las cosas vivas bajo control.

—Mi tía dice que ya no debo acercarme a la mina —dijo.

—Tu tía tiene razón.

Tupaq asintió, pero su gesto no era del todo obediente.

—¿La montaña es mala?

Esteban se tomó un instante.

—No.

—¿Entonces por qué mata?

Aquella pregunta, dicha por una voz aún sin dureza, lo dejó con el martillo suspendido en el aire.

—Porque no sabe de nosotros —respondió al fin—. Y algunos hombres usan eso para hacer cosas peores.

Tupaq pensó la respuesta con la seriedad de los niños que reciben más verdad de la que uno esperaba darles.
—Ixchel dice que a veces avisa.
—A veces sí.
—¿Y ustedes van a escuchar?
Esteban dejó el martillo sobre el banco.
—Eso vamos a intentar.
El niño pareció dar por suficiente el pacto. Se acercó un poco más al umbral, miró las chispas subir y sonrió por primera vez desde que Esteban lo conocía. Fue una sonrisa breve, pero alcanzó para cambiar la luz de la mañana.
La estación avanzó.
Las primeras lluvias llegaron tarde y con violencia. Lavaron techos, atascaron senderos, removieron barro antiguo de las cunetas. En el cementerio, la tierra reciente de las siete tumbas se asentó y empezó a cubrirse de brotes mínimos. En la parroquia, Anselmo y dos muchachas del mercado copiaron testimonios a mano por si la tinta original se borraba. En el cabildo, el archivo comunal ocupó una sala pequeña con estantes improvisados, candados dobles y un libro de entradas que todos aprendieron a respetar.
Ixchel iba y venía entre casas, sembríos, iglesia y plaza como si estuviera tejiendo con pasos una red que no debía romperse. Escuchaba sueños ajenos cuando se los confiaban. Traducía declaraciones del quechua al castellano sin dejar que perdieran su espina. Visitaba a Doña Jacinta algunas tardes, no para consolarla -porque hay dolores que insultan al consuelo-, sino para compartir presencia. A veces, al caer el día, pasaba por la herrería y se quedaba mirando a Esteban trabajar hasta que el fuego bajaba y las palabras encontraban lugar.
No hablaron de amor. No les urgía poner nombre a lo que todavía estaba aprendiendo a existir entre ellos.

Había algo más humilde y quizá más firme: una elección repetida de cercanía.
Una noche de lluvia, mientras el agua golpeaba el techo de lata y la fragua moría en ascuas rojas, Esteban dijo:
—Antes creía que vivir era aguantar.
Ixchel, sentada en el banco contra la pared, alzó la mirada.
—Muchos lo creen.
—Ahora me parece que vivir es otra cosa.
—¿Cuál?
Esteban pensó en las tumbas, en las copias guardadas, en el niño preguntando por la montaña, en los panes repartidos, en el juez guardándose la honestidad como un acto sin ceremonia, en el sonido del martillo volviendo a tener uso y no rabia.
—Es darse cuenta de lo que uno no debe entregar de nuevo.
Ixchel no respondió enseguida. Afuera un trueno rodó lejos, amortiguado por el valle.
—Sí —dijo al fin—. Y reconocerlo a tiempo.
El proceso judicial siguió su curso lejos de Vilcamba, lento como todo lo que asciende por oficinas. Supieron, con los meses, que Maldonado había intentado retractarse. Que Vergara habló de presiones superiores. Que Benigno mantuvo lo dicho y añadió más nombres. Que Urrutia fue trasladado a otro destino, lo que muchos tomaron por castigo discreto y otros por simple rotación administrativa. Supieron también que la compañía no recuperaría pronto la veta nueva y que varios inspectores, por una vez, debían presentarse en persona antes de cualquier intento de reapertura.
No era justicia completa. Tal cosa casi nunca llega entera. Pero tampoco era derrota.

Con el tiempo, la historia de los siete dejó de contarse en susurros y empezó a enseñarse en voz alta. Primero en la plaza, luego en sobremesas, después en labios de niños que no habían conocido a los muertos pero sí el cambio que su aparición había forzado. No se volvieron santos. No se volvieron símbolos vaciados. Conservaron nombres, defectos, trabajos, familias. Eso los salvó mejor que cualquier monumento.

Un año después, cuando se cumplió el aniversario del derrumbe, Vilcamba subió al cementerio en silencio y bajó cantando.

No porque el dolor hubiera pasado.

Sino porque ya no mandaba solo.

Esa tarde, al regresar, Esteban se quedó un momento en el camino alto y miró el pueblo desde arriba. Los techos rojizos, la iglesia blanca, la plaza, la línea oscura de los corrales, la herrería apenas visible, el sendero que iba hacia la mina cerrada como una cicatriz que no termina de borrarse. Más allá, la montaña levantaba su perfil antiguo contra un cielo de claridad inmensa.

Ixchel se puso a su lado sin anunciarse.

—Sigue ahí —dijo él.

—Sí.

—A veces pienso que nunca entenderemos del todo lo que quiso quitarnos.

—Quizá no importa entenderlo todo.

—¿Entonces qué importa?

Ella tardó un poco en contestar, como quien quiere dejar que la pregunta termine de asentarse en la tierra antes de recogerla.

—Saber qué supimos defender.

El viento pasó entre los ichus con un rumor semejante a una respiración larga. Abajo, en el pueblo, alguien golpeó metal contra metal: tres notas breves, limpias, de trabajo y no de alarma.

Esteban oyó ese sonido y sonrió apenas.

Vilcamba no había vencido a la montaña.
Ni al poder.
Ni a la muerte.
Había hecho algo más raro y más difícil.
Había aprendido a no arrodillarse ante la mentira.
Y eso, en un valle donde durante años se había confundido silencio con paz, era una forma de futuro.
Fin